

TEATRO BREVE

TEATRO BREVE

¡QUEDAN DETENIDOS!

Personajes

MAESTRO
SARGENTO
MONTILLA
DIPUTADO
AFRICANO
MARUJA
TRINI
MARIANA

Cárcel preventiva en una comisaría. Un preso habla con el SARGENTO que llega para inspeccionar.

MAESTRO.— Está todo en orden, sargento, no se apure. Cuando vomito lo hago con estimable puntería.

SARGENTO.— Prepárate a tener visita dentro de cinco minutos.

MAESTRO.— (*Aterrado.*) ¿Va a venir mi mujer?

SARGENTO.— Me refiero a más detenidos.

MAESTRO.— (*Tranquilizando.*) Pues aquí no van a caber.

SARGENTO.— Los repartimos: derecha, izquierda, fondo y resto colgado del techo.

MAESTRO.— ¿Tan peligrosos son?

SARGENTO.— Todos son peligrosos. Creerlo así nos evita muchos líos.

MAESTRO.— (*Alarmado.*) Pero ¿es que son asesinos...?

SARGENTO.— (*Riendo.*) No, hombre, no. Una redada antidroga. Si lees mañana los diarios verás en las fotos qué lucida fue la acción policial.

MAESTRO.— Por lo que colijo, menos a los detenidos, a todos los demás les han dado asiento preferente.

SARGENTO.— Hay que dar publicidad al cuerpo.

MAESTRO.— Y votos al Gobierno.

SARGENTO.— No te digo que no.

MAESTRO.— Lo que hay que ver: la policía ayudando a ganar las elecciones.

SARGENTO.— Porque somos profesionales. ¿Mandan los azules? Pues nosotros a descristianar a los rojos. ¿Que mandan los rojos? ¡Zumba contra

los azules! Y si el Gobierno es de coalición, que se prepare el resto del arco iris.

MAESTRO.— ¡Ésa es una democracia de pinacoteca!

(Aplaude burlón.)

SARGENTO.— ¡No me hace gracia!

MAESTRO.— Porque desprecia lo que ignora.

SARGENTO.— ¡A que te doy...!

MAESTRO.— No me dé, que todavía no me he gastado lo de ayer.

SARGENTO.— ¡Parece mentira!

MAESTRO.— Debería serlo...

SARGENTO.— Un maestro y borracho.

MAESTRO.— Prefiero ser devoto de Baco que secuaz de Marte.

SARGENTO.— Es igual, tarde o temprano todos pasan por aquí y tus hijos se avergonzarán igualmente.

MAESTRO.— No tengo hijos, pero compenso con sobrinos.

SARGENTO.— Pues hay que tener hijos, caramba, son... *(Busca la frase.)*

MAESTRO.— *(Irónico.)* «La sal de la vida.»

SARGENTO.— Exacto.

MAESTRO.— «El consuelo de nuestra vejez.»

SARGENTO.— Mismamente. ¿Ves cómo cuando quieres te entiendo?

MAESTRO.— Pues los hijos serán todo eso, pero yo no puedo tenerlos.

SARGENTO.— ¿Que no...? A ver si va a resultar que eres..., vamos que... *(Ríe.)*

MAESTRO.— Como a mí no me iba a creer si le encomiara las dotes que me adornan, pregúntele a alguien de confianza.

SARGENTO.— ¿A quién?

MAESTRO.— A su mujer.

SARGENTO.— *(Comprendiendo.)* ¡Desgraciado! ¡Te deslomo! *(Intenta abrir la celda.)*

MAESTRO.— *(Retirándose al fondo.)* ¡Apelo a la Constitución! Me protege el artículo... *(Piensa.)* ¡Mierda! Ahora no me acuerdo qué artículo protege a los maestros borrachos.

(Se oye por los altavoces a un policía.)

VOZ.— ¡Sargento! Los detenidos han llegado. Suba a la entrada, por favor.
Están un poco levantiscos.

(El SARGENTO vuelve a cerrar la reja.)

SARGENTO.— *(Al MAESTRO.)* Te salva el gong, intelectual. Pero me debes una.

(Hace mutis.)

MAESTRO.— Pero ¿por qué la vida se ensaña conmigo? ¿Acaso no me he
rendido?

(Se acerca a la reja.)

MAESTRO.— ¡Sargento! ¡Exijo que se me devuelvan los derechos humanos
que me quitaron en la puerta de la comisaría!

(Se oyen voces.)

MONTILLA.— ¡No empuje!

DIPUTADO.— ¡Esto es un atropello! Le digo que yo pasaba por allí de camino
a casa.

MONTILLA.— Pero ¿adónde nos llevan?

AFRICANO.— De *camping*, no te fastidia.

SARGENTO.— Silencio, cállense.

DIPUTADO.— Déjenme llamar por teléfono a mi abogado.

MARUJA.— Éste ha visto muchas películas.

MONTILLA.— ¡No empuje!

DIPUTADO.— Se trata de una equivocación. Déjenme que les explique...

MONTILLA.— ¡Qué vergüenza! La primera vez que me detienen y en plena
democracia. Esto debe saberse y se sabrá.

SARGENTO.— Hagan el favor de entrar en orden.

TRINI.— A numerarse, chicos.

POLICÍA.— ¡Silencio!

MONTILLA.— ¡Que no empuje, caramba!

MARIANA.— ¿Nos van a torturar?

DIPUTADO.— Ya no se tortura. Lo prohíbe la Constitución.

MARIANA.— Y esos señores, los policías, ¿la han leído?

SARGENTO.— Vayan pasando. Los primeros, por aquí.

(*Entran en tropel.*)

MONTILLA.— Si me vuelves a empujar...

SARGENTO.— (*Amenazador.*) ¿Qué?

MONTILLA.— (*Rectificando.*) ... Pues que igual me caigo.

SARGENTO.— Pasen y esperen, por favor.

MARIANA.— Llamen a mi Luis.

DIPUTADO.— Quiero llamar por teléfono.

SARGENTO.— Y yo quiero que guarden silencio.

TRINI.— Oiga, usted no sabe quién soy yo.

SARGENTO.— ¡Mariconazo!

TRINI.— ¡Ah! ¿Ya nos han presentado? (*El POLICÍA le empuja adentro, violentamente.*) ¡Huy, por Dios! Esto no son modos democráticos.

MONTILLA.— Este abuso tiene que saberse, y se sabrá.

MARUJA.— ¡Cuidado con esa mano, se puede quemar!

SARGENTO.— Menos guasa y adentro.

MARUJA.— Eso te gustaría: «adentro».

(*Risas.*)

SARGENTO.— ¡Zorra! Una palabra más y te atizo.

MARUJA.— (*Desasiéndose.*) Quieto ahí y no me viole el domicilio.

MONTILLA.— ¡Bien argumentado! Artículo 18.

SARGENTO.— Artículo *mortis* como no se calle.

TRINI.— ¡Huy, qué ocurrente!

DIPUTADO.— ¿Podría hablar con usted a solas, sargento?

SARGENTO.— Ahora no es posible.

DIPUTADO.— Pero ¿por qué se me detiene?

SARGENTO.— No están detenidos; están retenidos, que es distinto.

TRINI.— Según eso, yo no soy una loca, sino un psicoesquizo irreversible.

MAESTRO.— Di que sí, Ganimedes: el idioma es un arma.

TRINI.— De Ganimedes, nada. Soy Trini.

MAESTRO.— Y yo Unamuno.

SARGENTO.— ¡A callar!

TRINI.— Y éste, la sirena de la fábrica.

*(El SARGENTO intenta golpearle, pero el travesti se esca-
bulla entre los otros detenidos.)*

TRINI.— ¡Socorro! Exijo mis garantías fundamentales.

SARGENTO.— ¡Te descristiano, maricona, te descristiano!

TRINI.— *(Esquivándole.)* Soy atea, no se esfuerce.

MAESTRO.— ¡Viva el maquis esquinero! ¡Viva el cuarto sexo y la quinta co-
lumna!

MONTILLA.— La típica violencia policial. Esto tiene que saberse y se sabrá.

SARGENTO.— Vamos, adentro todo el mundo. Hay que aguardar a las dili-
gencias. No alboroten, es por su bien.

TRINI.— Así me gusta, sargento: que nos beneficie después de habernos
perjudicado.

*(El SARGENTO cierra y, tras echar una mirada retadora,
hace mutis. Larga pausa.)*

TRINI.— Ha pasado un ángel.

MAESTRO.— Pero no era mercedario.

MARUJA.— A ver si yo me aclaro, don Unamuno.

MAESTRO.— Me llamo Ezequiel.

MARUJA.— Ah. ¿Unamuno es apellido?

MAESTRO.— No, Unamuno es el aura con la que quisiera arropar mi ig-
norancia.

MARUJA.— Dejémoslo.

MAESTRO.— ¡No iba usted a preguntarme algo?

MARUJA.— Para qué: sus respuestas nunca las entiendo.

MAESTRO.— El vicio de la lengua.

MARUJA.— Ése también lo tengo yo y se me entiende todo.

(Risas.)

DIPUTADO.— (*Fuera de él.*) ¿Es que no se dan cuenta de la gravedad de la situación?

MONTILLA.— No es tan grave, caballero. El artículo 17 de la Constitución dice...

DIPUTADO.— ¡Sé perfectamente lo que dice el artículo 17: lo redacté yo!

MAESTRO.— ¡Diputado *habemus!*

TRINI.— Ya sabía yo que le conocía. (*Mira a los demás.*) ... De los periódicos, que aquí hay que aclararlo todo.

AFRICANO.— Con un político en la trena, nos sueltan en diez minutos.

MAESTRO.— Depende de la gama cromática que profese.

MARUJA.— A ti te han metido aquí por hablar de esa manera.

MONTILLA.— Lo que está claro es que menos él (*Por el MAESTRO.*), que ya estaba aquí, todos hemos sido cogidos en una redada antidroga.

MAESTRO.— ¡Hombre, todos...! (*Mira a MARIANA.*)

MARIANA.— Ya es mala suerte: ir a comprar chute y que te enchiquere la pasma.

MONTILLA.— Una yonqui sexagenaria.

TRINI.— Espectáculos como éste se pagan con oro en Disneylandia.

MARIANA.— No, no; yo no..., quiero decir..., que es mi hijo el que está enganchado al caballo. ¡Ojalá quemaran hasta la tierra en la que crece la droga!

MONTILLA.— La que hace daño es la que crece en los laboratorios de las multinacionales.

MARUJA.— Y su marido, ¿qué va a decir cuando se entere?

MARIANA.— Murió atropellado por uno de los trenes que cruzan el barrio...
A lo mejor es que se tiró. También era heroinómano y llevaba muy perro eso del mono. Igual que mis hijos.

MONTILLA.— El pueblo debería conocer esta situación de injusta miseria.

MAESTRO.— La conoce, la conoce. ¿No ve usted que el pueblo es el único que la pasa?

MARUJA.— ¿Y cuántos hijos tiene?

MARIANA.— Ahora, cuatro. Dos yonquis; uno de ellos, Luisín, paralítico por una sobredosis adulterada, y el otro, Lucas, que va y viene del psiquiátrico porque la droga le da por lo violento. Un día se me puso como loco y tiró la tele en color por la ventana.

MONTILLA.— Pero ¿tiene usted tele en color?

MARIANA.— Por necesidad: es lo único que amansa a mis hijos cuando no tienen chute. Con el *Médico de familia* se les pasa el mono.

DIPUTADO.— Al menos el del psiquiátrico ya no la molestará.

MARIANA.— ¡Es mi hijo, y si quiere molestar, que lo haga! Yo lo que quiero es que no me lo saquen del psiquiátrico sin curar, porque cada mes estamos en lo mismo: sale, roba, compra droga, se pone loco y adentro otra vez. Y eso no es.

MONTILLA.— ¿Y los otros?

MARIANA.— Antonio está fugado. Vete a saber si muerto.

TRINI.— ¡Pero qué desconsuelo...!

MARIANA.— No crea, me queda el Manolín, que ése, gracias a Dios, está en la cárcel. Los que me preocupan son el del parálisis y el del psiquiátrico. Yo estaba preparada para la vida, pero no para la droga. Conseguirla cada día es para mí un infierno, pero si no la consigo, el infierno es para ellos. Y eso sí que no. ¿Usted no podría ayudarme, señor Diputado?

DIPUTADO.— ¿No querrá que le dé droga?

MARIANA.— Pues otra cosa no necesito, bueno, y aunque lo necesite, puedo pasar sin ella..., aunque, bien pensado, algo sí me vendría bien.

DIPUTADO.— Dígame.

MARIANA.— Salir de aquí para ir a buscar lo que estará pidiendo a grito mi Luis.

DIPUTADO.— Mujer, qué más quisiera que usted y yo, y todos, pudiéramos salir. Pero ya ha visto que no me dejan ni telefonar.

MARIANA.— (*Suspirando.*) ¡Ay, mi Luisín!

TRINI.— La vida de los que estamos aquí da para capítulo de tele durante un año.

MARUJA.— A dos diarios.

MONTILLA.— ¡Iban a poner esta mierda en la sobremesa!

TRINI.— Ponen la de los americanos.

MONTILLA.— Porque no votan en España.

MAESTRO.— Eso es lo que usted se cree.

MARUJA.— ¡Los jodidos políticos! (*Se da cuenta de la presencia del DIPUTADO porque alguien le da un codazo.*) ¡Huy, perdone usted, es que las putas tenemos una lengua...!

MAESTRO.— Se llama herramienta de trabajo.

MARUJA.— Menos guasa con la profesión.

MAESTRO.— Pero si yo respeto el oficio de Magdalena, sobre todo cuando llega al arte de Mesalina. Son los políticos los que os persiguen cuando necesitan la publicidad de las redadas.

DIPUTADO.— (*Defendiéndose, muy electoral.*) La relación sexual remunerada es un contrato que atañe exclusivamente a los participantes. Y en eso no nos metemos. Lo único que el Gobierno pretende es que no se induzca a menores y que no se lucren terceros. Reconocerán que, aunque la legislación obliga, apenas hay medidas coactivas contra proxenetas, ni contra quienes regentan establecimientos que no reúnen las condiciones higiénicas. Y es porque deseamos concienciar, antes que intervenir de modo legal.

MARUJA.— Pues eso está mal.

DIPUTADO.— (*Rectificando confuso.*) Es lo que yo digo.

MONTILLA.— Usted lo que ha dicho es que cuando peligra el voto, al descontrol lo llaman libertad.

MARUJA.— Yo prefiero ser legal. Estando legalizada, habría revisiones médicas. Porque ahora igual estás con sida y ni te enteras. Lo malo es que el cliente, al no tener certeza, se abstiene, y el negocio ha bajado.

TRINI.— Si yo les contar...

MARUJA.— Tú no cuentes nada, porque lo estoy contando yo.

TRINI.— Está bien, Scherezade.

MARUJA.— Lo que les decía: en la legalidad te darían hasta tu cartilla de la Seguridad Social y la gente tendría más confianza.

MAESTRO.— En las putas es probable; en la cartilla, imposible.

MARUJA.— A mí no me importaría pagar impuestos por el uso de la vía pública: un tío, un impuesto; un tío, un impuesto; un tío...

MAESTRO.— ¡Pare, pare, estajanovista!

MARUJA.— ¡Qué manía con los bautizos!

MONTILLA.— La prostitución, he ahí otro problema sin resolver.

MARUJA.— Oiga, que yo no creo ningún problema.

MONTILLA.— No me refería a usted.

MARUJA.— Pues ¿de quién estamos hablando?

MAESTRO.— Se le ha extrapolado, señorita.

MARUJA.— No me aclare usted nada, que es peor.

MAESTRO.— Es por ayudar.

MARUJA.— Pues ayúdese usted, que buena falta le hace.

MAESTRO.— Mi aspecto es deplorable, pero ya estoy en condiciones de afirmar que mi estado es transitorio.

MARUJA.— Un borracho catedrático. Lo que hay que ver en las cárceles.

MAESTRO.— Ahí sí que me dio usted un bajonazo, Caribia.

MARUJA.— ¡Maruja! ¡Maruja de nombre y siete mil de apellido!

TRINI.— ¡Jesús! ¡Con esos precios, yo parezco un saldo!

MARUJA.— No confundas el vicio con el oficio. (Al MAESTRO.) Y a usted, a ver, ¿por qué le he ofendido yo? ¿No está usted bebido? Pues borracho. ¿No hago yo la carrera? Pues puta.

MAESTRO.— Es que yo no soy catedrático, Maruja.

MARUJA.— Pero sí borracho.

MAESTRO.— Por no ser catedrático. Me tumbaron en el primer examen.

MARUJA.— ¿Y por eso se enlitronea usted?

MAESTRO.— Por lo que va a decir mi mujer cuando se entere.

MARUJA.— ¿Y ella qué hace? ¿A qué se dedica?

MAESTRO.— Sus labores.

MARUJA.— ¿Y ha ganado algún premio de ganchillo?

MAESTRO.— No.

MARUJA.— ¡Pues entonces...!

TRINI.— ¡Ahí, ahí, Maru!

MARUJA.— Algún día se le habrá pasado el arroz, ¿no?

TRINI.— ¿Y a que los lunes se le mancha el dedo si lo pasa por la cómoda?

MARUJA.— ¿Cuántas veces le han tocado los regalos que anuncian en los tambores de Perlín, Dindán y Lustrón?

MAESTRO.— Me levantáis la moral.

TRINI.— Como que ése es nuestro oficio: levantarla.

(*Ríen.*)

MARUJA.— (Al DIPUTADO.) Ya ve que somos una bendición social.

MONTILLA.— Esto tiene que saberse y se sabrá.

MARUJA.— Pero si ya nos anunciamos hasta en la cartelera.

MONTILLA.— Quiero decir...

MARUJA.— Si lo que va a aclarar es que no estaba bien dicho.

MAESTRO.— ¡Viva el rajo del sur, Maruja!

DIPUTADO.— (A MONTILLA.) ¿Se puede saber qué apunta?

MONTILLA.— Soy periodista.

DIPUTADO.— (Con angustia.) ¿De *El País*?

MONTILLA.— Soy corresponsal de *La Voz de Bujaco*, Cáceres.

DIPUTADO.— (Indiferente.) ¡Ah!

MAESTRO.— ¿Sección política?

MONTILLA.— La verdad, no tiene secciones..., pero sí aliados. Cuando la verdad llega, su hermana libertad le acompaña.

TRINI.— Pues no vamos a caber todos.

DIPUTADO.— (Llamando afuera.) ¡Oiga! ¡Oiga! ¡Sargento!

MAESTRO.— (Tras una pausa.) La justicia es ciega y, según este silencio, sorda también.

DIPUTADO.— (A los otros.) Pero ¿es que nos van a tener aquí toda la noche?

MONTILLA.— Setenta y dos horas como máximo.

AFRICANO.— (Escéptico.) Eso dice la ley.

MONTILLA.— La ley dice también que somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario.

TRINI.— La ley que he visto yo en los ojos del sargento dice que estamos detenidos, juzgados, condenados, ejecutados, enterrados y podridos.

DIPUTADO.— ¡Tienen que venir!

MAESTRO.— ¿Por qué?

DIPUTADO.— Para conocer nuestras exigencias.

MAESTRO.— Pues por eso no vienen.

DIPUTADO.— Pero según ustedes, ¿cuánto tiempo van a tenernos incomunicados? (Silencio.) Ustedes tienen que saberlo. Tienen más experiencia que yo.

MARUJA.— ¡Mirad a sor Purificación!

MONTILLA.— ¿Experiencia en qué?

DIPUTADO.— Perdón, no he querido ofender...

MAESTRO.— Le dijo el verdugo al reo.

DIPUTADO.— ... Pero ustedes comprenderán que, por mi cargo, un escándalo así...

TRINI.— Así, ¿cómo?

DIPUTADO.— Una redada, ya saben...

TRINI.— (A MARUJA, irónico.) ¿Tú sabes?

MARUJA.— (Igual.) No.

DIPUTADO.— No se hagan los tontos conmigo.

TRINI.— Y usted no se pase de listo con nosotros.

MARUJA.— A nadie beneficia una redada, oiga.

MAESTRO.— Al Gobierno.

DIPUTADO.— Y a la prensa.

MARUJA.— Yo hablo de los detenidos.

DIPUTADO.— Pues a éstos me refiero yo. Comprenderá usted que no es lo mismo un señor que vende droga, que un señor que la consume, ni una madre que busca droga para su hijo que un..., que una... ¡bueno, ya me entienden!

MARUJA.— Demasiado.

MONTILLA.— O sea, que no es justo dar el mismo trato a cualquier desgraciado de los que estamos aquí que a un, es un suponer, a un político.

DIPUTADO.— Si no quieren entenderme...

TRINI.— Entender, sí; pero de ahí a aceptar...

MAESTRO.— Los hay que toman por necesidad y los que lo hacen por capricho.

MARUJA.— ¿O es que nos vamos a creer eso de que a usted le cogieron cuando iba a casa de su abuelita con un cestito de miel?

DIPUTADO.— Quise conocer la situación callejera personalmente para una intervención parlamentaria.

MONTILLA.— Pues esta vez le han intervenido a usted.

AFRICANO.— ¿Jaco?

DIPUTADO.— ¿Perdón?

AFRICANO.— Que si era jaco lo que le han intervenido.

DIPUTADO.— ¡No llevaba nada!

AFRICANO.— Yo sí.

DIPUTADO.— No me extraña.

AFRICANO.— Yo llevaba una chirla y es una lástima que me la hayan quitado.

DIPUTADO.— ¿Chirla?

MARUJA.— Navaja.

TRINI.— (*En broma, aunque sólo el DIPUTADO no lo entiende.*) Y cuidado con ése, porque le llaman el Africano.

DIPUTADO.— Pero si es rubio.

AFRICANO.— Me llaman el Africano porque soy camello. (*Mirando fijamente al DIPUTADO.*) Y estoy muy jorobado.

MAESTRO.— Es que si lo estuviera poco sería un dromedario.

DIPUTADO.— (*Retrocediendo.*) Lamento estas confusiones, pero es que una detención así, ya saben... La oposición la va a aprovechar y veo peligrar mi carrera.

TRINI.— ¡Y las nuestras!

MARUJA.— ¡A ver!

TRINI.— Y si tardamos mucho en reincorporarnos, nos quitan el trayecto.

MARUJA.— Menuda competencia nos ha salido con los maricones.

TRINI.— ¡Oye, guapa!

MARUJA.— La verdad duele, pero no ofende.

TRINI.— Estamos en un mercado libre que exige métodos con empuje, y desde siempre, a la hora de empujar, se ha empujado por detrás.

MARUJA.— ¡Y por delante!

TRINI.— ¡Claro, para tirar de culo!

MARUJA.— No me calientes, no me calientes.

TRINI.— Muy corta tienes que ir para calentarte conmigo.

MARUJA.— ¡Zorra!

TRINI.— Plateada.

MARUJA.— Vicioso.

TRINI.— Ni que tú fueras la Inmaculada Concepción.

MARUJA.— ¡No te metas con la Virgen, que una será lo que es...!

TRINI.— Puta.

MARUJA.— ... pero a religiosa no me gana nadie.

TRINI.— Puta y tonta, ¡pero qué tristeza!

(*MARUJA golpea a TRINI con el bolso y el travesti cae aparatosamente. Los demás acuden, menos el DIPUTADO, que llama al SARGENTO.*)

DIPUTADO.— ¡Sargento! ¡Sargento! ¡Un motín! ¡Venga rápido, un motín!

TRINI.— En el bolso lleva un ladrillo.

MARUJA.— Un arma secreta conta los viciosos como tú.

(*Vuelven a agredirse, aunque los demás dificultan la pelea.*)

MARIANA.— Que podéis hacros daño, dejarlo ya.

MAESTRO.— Trini, que Maruja es una señora.
TRINI.— (*Feroz.*) ¿Y yo qué coño soy?
MAESTRO.— Otra, por eso lo digo.
MONTILLA.— Separadlas.
DIPUTADO.— ¡Sargento, venga rápido! ¡Tomarán rehenes!
MAESTRO.— ¿Pero qué dice ése?
MONTILLA.— Es un megalómano.
MARUJA.— ¡Te mato, competidora desleal!
TRINI.— ¡Obsoleta!
MARUJA.— ¿Qué me ha llamado?
MAESTRO.— Paz, paz, haya paz.

(Llega el SARGENTO pistola en mano.)

SARGENTO.— Contra la pared, sepárense, vamos, vamos.

(Asustados por la pistola, unos se echan a correr hacia un lado y otros hacia el otro, menos el DIPUTADO, que aprovecha la confusión para escribir una nota y pasársela al SARGENTO envuelta en un billete de cincuenta euros. MARIANA se da cuenta. El SARGENTO va a preguntar al DIPUTADO, pero éste la hace señas de silencio y prudencia. El SARGENTO se guarda el papel y continúa intentando mantener el orden. Un golpe con la culata del revólver en la cabeza de TRINI termina con los gritos y carreras.)

MARUJA.— (*Al SARGENTO.*) ¡Pero qué salvaje!
SARGENTO.— ¿De qué protestas? ¡Te estaba machacando!
MARUJA.— Cosas nuestras.
TRINI.— Lío de hermanastras.
MARUJA.— La ropa sucia se lava en casa.
MAESTRO.— ¡Viva el corporativismo sexual!
SARGENTO.— ¡Nunca os entenderé!
TRINI.— ¡Alienígena!
SARGENTO.— ¡Te daba así!

(*Mutis del SARGENTO. MARUJA se arrodilla junto a TRINI.*)

MARUJA.— ¿Te has hecho daño?

TRINI.— (*Enseñando la nuca.*) ¿Se me nota rojo o hinchado?

MARUJA.— Un poco. Si tuviéramos un filete...

TRINI.— (*Poniendo su cabeza debajo del pecho de MARUJA.*) Como no me pongas tu solomillo en la nuca... (*Ríen.*) A veces pienso que mis padres tenían razón: «Cambia, Juan Carlos», me dijeron al verme tan loca a los dieciocho años y siempre en líos. «Cambia, que es por tu bien», y dale con el «cambia» y «cambia». Un día me harté y les llamé desde Marruecos: «Mamá, ya he cambiado, ahora me llamo Trini».

(*Ríen.*)

MAESTRO.— Esta redada ha sido propósito de los dioses para que en esta sala preventiva se reúna la representación más cabal del pueblo llano que sufre la intolerancia de los poderosos. (*Se detiene.*) ¡Ay, Dios, pero si ya parezco de la generación del 98!

MONTILLA.— Restos de la disipación nocturna, don Ezequiel.

MAESTRO.— Ah, no, no, hijo. ¿Cuál es su gracia?

MONTILLA.— Montilla, nunca mejor dicho.

MAESTRO.— Pues, pese a su apellido, debe saber que soy un borracho en excedencia. En cuanto se me pasen los vapores etílicos, vuelvo a la abstinencia consuetudinaria.

MONTILLA.— Volverá si le dejan salir de aquí...

MAESTRO.— Agorero.

MARUJA.— Tarde o temprano se saldrá, digo yo.

MARIANA.— Unos antes que otros. (*Ha mirado al DIPUTADO.*)

DIPUTADO.— ¿Por qué me mira? Ya le dije que no puedo hacer nada.

MARIANA.— Algo sí que ha hecho.

(*Los demás miran a MARIANA y al DIPUTADO, intentando comprender.*)

TRINI.— ¿Qué misterios son éstos?

MARIANA.— Misterios los del señor político, que le ha visto.

MARUJA.— ¿Que le has visto, cómo?

MONTILLA.— ¿Que le ha visto, qué?

MAESTRO.— Ya sólo faltan el cuándo y el dónde.

MARIANA.— Le ha dado un papelito al sargento aprovechando la confusión.

DIPUTADO.— ¿Y qué? ¿Qué hay de malo en ello?

MARIANA.— Si no hay nada malo, ¿por qué tanto disimulo?

AFRICANO.— ¿No será un membrillo el tío?

DIPUTADO.— (*Retrocediendo ante el avance de los demás.*) Un momento, un momento. Es cierto que le pasé un papel al sargento. Únicamente quería que él supiera mi cargo y procediese en consecuencia.

AFRICANO.— Sacándole de aquí y dejándonos a nosotros en la trena.

MONTILLA.— Ésa es la solidaridad de la que hablan en sus discursos.

MARUJA.— Qué solidaridad ni qué gaitas. ¿Es que no se acuerdan de que hace un momento decía que éramos contagiosos?

Diputado.— Yo sólo dije que...

TRINI.— Que había clases, concretamente dos: la suya y la de los demás.

DIPUTADO.— Se equivocan. Prejuzgan ustedes.

MARIANA.— Yo necesito salir más que usted y no paso papeles envueltos en billetes... Claro, que tampoco los tengo.

MONTILLA.— ¡Ah! ¿Soborno a una autoridad?

MAESTRO.— Eso es cohecho. (*A MARUJA, antes de que ella pregunte.*) Figura delictiva.

MARUJA.— (*Interpretando a su modo el concepto.*) Facha de delincuente, que me he enterado.

DIPUTADO.— Oigan, esperen..., no tomen decisiones de las que luego...

MAESTRO.— (*Acabando la frase.*) ... puedan arrepentirse. Habla usted con frases hechas.

MONTILLA.— Resabios electoralistas.

TRINI.— ¿Qué ponía en el papelito?

MARUJA.— Ya te lo puedes imaginar.

MAESTRO.— «Primero yo, y después de mí, el diluvio».

(*Vuelve el SARGENTO.*)

SARGENTO.— Don Sebastián Miravittles. Salga usted para las primeras diligencias. (*Dándose cuenta de que el DIPUTADO está acorralado.*) Pero ¿qué pasa aquí?

DIPUTADO.— Déjenme salir, por favor.
 AFRICANO.— Con los pies por delante.
 MARIANA.— O todos o ninguno. Que yo no le he votado para eso.
 MONTILLA.— Mayor igualdad en la distribución de la riqueza es lo que pretendéis, ¿no? Pues empezad a hacer prácticas distribuyendo igualmente la libertad.
 MAESTRO.— Bien dicho, Montilla, aunque un poco largo y espeso.
 AFRICANO.— Menos charla y más chirra.
 MARUJA.— Usted no se mueve de aquí, don Sebastián.
 AFRICANO.— Y yo sin un filo para cavarle aquí mismo su tumba.
 SARGENTO.— ¡Suelten al señor Diputado!
 MARUJA.— ¡Vaya! Qué pronto se aprendió el cargo.
 DIPUTADO.— No sean estúpidos. No me toquen y déjenme salir.
 SARGENTO.— No se preocupe, escelencia, que entro y lo saco.
 MARUJA.— De aquí no sale nadie.
 SARGENTO.— Pero ¡si antes todos querían salir! La verdad es que no os entiendo.
 DIPUTADO.— Sargento, ¿es que se va a poner a filosofar ahora?
 SARGENTO.— ¡Adentro!
 TRINI.— ¡Afuera!

(Todos se precipitan contra la reja, impidiendo que entre el Sargento. El DIPUTADO logra escabullirse, pero MARIANA, con una insólita energía, le empuja contra la pared.)

AFRICANO.— ¡Maldita sea! ¡Tiene razón la Trini! ¡Qué falta nos hace ahora un filo para trabajarle cuatro bocas hambrientas en la barriga!
 MAESTRO.— Y luego dicen que el pueblo no tiene poesía. ¡Lorca puro!
 TRINI.— ¡Fuerza!

(AFRICANO coge el bolígrafo que asoma por el bolsillo de MONTILLA.)

MONTILLA.— ¿Qué hace usted con mi bolígrafo?
 AFRICANO.— *(Amenazando al DIPUTADO.)* A falta de destornillador...

MONTILLA.— Oiga, que es de oro...

AFRICANO.— Lástima, el oro no se oxida.

DIPUTADO.— ¡Socorro!

AFRICANO.— Quieto ahí.

SARGENTO.— Resista, Diputado. Esto está hecho. Me sobran cojones.

TRINI.— Pues si empujas con ellos te vas a lastimar.

MARUJA.— No le enfurezcas, Trini, que se pone más toro.

MAESTRO.— Usted no empuje, Montilla. Lo suyo es observar para dar testimonio y que estos esfuerzos numantinos se conserven en la memoria.

Cada uno según su oficio. Fíjese, si no, cómo Trini empuja con el culo.

TRINI.— No sé si ofenderme.

MAESTRO.— Tómelo como homenaje.

MARUJA.— Menos hablar y más empujar, rediez, que nos ganan y sólo es uno.

MAESTRO.— Es un símbolo, Maruja, y con él empuja todo el escuadrón social de la represión.

SARGENTO.— ¡Ya sois míos!

(El SARGENTO está a punto de abrir cuando el AFRICANO se abalanza sobre su mano y la muerde.)

SARGENTO.— ¡Ay, pero si me ha mordido! ¡Y me ha hecho sangre!

AFRICANO.— Y tengo el sida, para que te enteres, madero.

SARGENTO.— A ti te pego yo un tiro.

AFRICANO.— Dispara, dispara. Los dos estamos ya muertos, contagiados, pero a mí no me importa que digan que he cogido la enfermedad por detrás, y a ti sí. Bujarrón te van a llamar. Te morirás deshonrado.

SARGENTO.— ¡Te mato, te mato y es en defensa propia!

DIPUTADO.— No lo haga, sargento, no lo haga.

SARGENTO.— ¿Cómo que no? ¿No ve que ese camello es un arma mortal?

(Los presos han cerrado la reja aprovechando la ofuscación del SARGENTO.) ¡Estoy muerto! ¡Me ha pegado el sida! ¡Yo les mato a todos, a todos, y luego me pego un tiro!

AFRICANO.— Hazlo al revés, verdugo, zancajo, robamotos, cornudo y, desde ahora *(Adopta pose.)*, palomo cojo.

MAESTRO.— No sé qué arma es más mortífera: si sus clientes o su lengua.

DIPUTADO.— *(Al AFRICANO.)* Pero ¿es verdad lo del sida?

AFRICANO.— No, pero he impedido que entre.

DIPUTADO.— Sargento, escúcheme. No es verdad que tenga el sida. Era una argucia.

(El DIPUTADO avanza y el AFRICANO le corta el paso.)

AFRICANO.— ¿Adónde vas, diputado?

DIPUTADO.— Sólo deseo arreglar este enojoso equívoco.

MARIANA.— Pero desde ahí. A la reja, ni acercarse.

DIPUTADO.— ¡Sargento! ¡Sargento, por favor, escúcheme!

(El SARGENTO, más sereno, guarda su pistola.)

SARGENTO.— Usted dirá, diputado. Si lo desea, bajamos la manguera.

DIPUTADO.— No, no, por Dios. Basta de violencia. Esto lo puedo arreglar yo solo.

MARIANA.— Usted solo lo ha empeorado.

DIPUTADO.— Razón de más para que ahora lo arregle. Usted desea salir de aquí cuanto antes para solucionar el problema de su hijo, ¿no? Pero le impiden llamar por teléfono. Si yo estuviera fuera, podría llamar a su Luisín, e incluso podría ir a verle. *(Mira de reojo al SARGENTO.)* Ya sabe...

MARIANA.— ¿Haría usted eso por mí?

MAESTRO.— Lo haría por él.

DIPUTADO.— Por mí o por ella, por Luis o por los votos, el caso es que esta señora solucione su problema.

AFRICANO.— ¿Y el nuestro?

DIPUTADO.— El de todos. ¿No ven cómo ha puesto firme al sargento en cuanto ha sabido quién era yo?

MARUJA.— En eso tiene razón.

MONTILLA.— Pero no justicia.

DIPUTADO.— Si no hay justicia en sus detenciones, si no hay justicia en la in-comunicación a la que estamos sometidos, ¿por qué vamos a desaprovechar la casualidad de que yo pueda sacarles a todos por muy poco justa que sea mi acción?

MAESTRO.— Ganaron las elecciones. Ahora sabemos por qué.

MARUJA.— Por el pico de oro.

AFRICANO.— ¡Al grano! ¿Ha dicho usted que puede sacarnos?

DIPUTADO.— En media hora. Una llamada a quien yo me sé y todos fuera sin cargo alguno.

AFRICANO.— ¡Demasiado!

MONTILLA.— Se puede dudar, ¿no?

MAESTRO.— No dudes, Montilla. Tienen el poder, lo saben, lo usan y además presumen de ello.

MONTILLA.— Pues, entonces, estamos como siempre.

MAESTRO.— Claro, es que el poder no sólo corrompe, también iguala.

MARUJA.— Pero ¿es que van a dar una conferencia entre los dos?

TRINI.— Cállense todos y veamos si es verdad que él nos puede sacar.

DIPUTADO.— ¡Por supuesto! ¿Es que no comprenden que a mi partido le importa mucho evitar escándalos de este tipo?

AFRICANO.— ¿Y la pasma?

DIPUTADO.— La policía a callar, porque ellos hacen lo que se les manda.

MONTILLA.— En eso tiene razón, les encanta obedecer.

MAESTRO.— Les encanta que haya alguien que mande, que no es lo mismo.

AFRICANO.— A callar, o tiro de bolígrafo.

MONTILLA.— Tráigalo usted aquí, que el oro es muy goloso. *(Se lo quita.)*

MAESTRO.— Una última cosa: y el cuarto poder, ¿cree usted que también va a aceptar este contubernio?

(Ha señalado a MONTILLA.)

DIPUTADO.— Si no quiere que la competencia diga que su periódico tiene un corresponsal en Madrid metido en el feo asunto de la droga...

MAESTRO.— *(A los demás.)* ¡Vaya con el tío! Es uno solo y nos tiene rodeados.

DIPUTADO.— Una redada siempre mancha. Usted lo sabe. Y aunque luego se diga que sólo era un papelito para consumo personal, el sambenito de delincuente, violador, etarra, y vaya usted a saber qué disparates más, ya no se lo quita nadie.

MAESTRO.— Pero yo no fui detenido en la redada. Ahí le he cogido.

(El DIPUTADO mira a los demás como sugiriéndoles una argumentación.)

MARUJA.— Pero su mujer se va a enterar de que a usted le priva el beso negro y la lluvia dorada, lo más caro, vamos, de una casa de masajes.

TRINI.— Y si eso no es bastante, llego yo, pregunto por usted y me arremango las faldas enseñando el carné de identidad.

MAESTRO.— ¡Por Dios!

MARUJA.— (Al DIPUTADO.) ¡Hecho!

DIPUTADO.— Apunten sus nombres en un papel. Montilla, eso es cosa suya.

MONTILLA.— (Saca un papel y comienza a escribir.) A ver, por orden alfabético.

TRINI.— Trini.

MONTILLA.— Pero eso empieza por la «te», y es un alias.

TRINI.— José Carlos A-b-ascal, o sea, Abascal, y de segundo A-b-ajo, o sea, Abajo. Siempre la primera en clase.

MONTILLA.— El siguiente. No hace falta que sea por orden alfabético. (El DIPUTADO, mientras tanto, ha ido a la reja y le ha dicho por señas al SARGENTO, de forma serena y pretenciosa, que puede abrir. Éste lo hace y esperan a que se termine la lista.) Ya está, señor Diputado.

DIPUTADO.— (Cogiendo el papel.) A ver... Aquí está su nombre, Mariana, pero no la dirección para ir inmediatamente a solucionar el problema de su hijo.

MARIANA.— ¡Ay, es usted un santo! Tome nota, por favor. (El DIPUTADO toma el bolígrafo que le acerca MONTILLA.) En Entrevías, calle del doctor Jiménez, 3 planta baja. Mi hijo se llama Luis.

DIPUTADO.— Descuide, doña Mariana, y confíe en mí.

MARIANA.— (Echándose a llorar.) Perdóneme, señor Diputado, perdóneme.

DIPUTADO.— Pero ¿qué he de perdonarle?

MARIANA.— Que en las anteriores elecciones votara al Partido Comunista. Es por tradición, ¿sabe usted? Pero lo hice sin maldad. Si llego yo a saber...

DIPUTADO.— Por favor, doña Mariana, el voto es libre, hoy el Partido Comunista y mañana nosotros, ya se sabe. Bueno, les dejo. Cuanto antes salga yo, antes lo harán ustedes. ¡Sargento, puede usted cerrar, pero recuerde que estos señores son mis protegidos! Adiós, adiós a todos, adiós.

(Sale el SARGENTO escoltando al DIPUTADO, que hace un mutis en actitud electoral, dando manos a través de la reja. Pausa.)

MAESTRO.— Trini, ¿de verdad hubiera sido capaz? ¿Y tú, Maruja?

MARUJA.— No nos saque los colores, Ezequiel.

TRINI.— No vamos a decirte que era por tu bien, pero sí que el bien era para todos.

MARIANA.— (Al MAESTRO.) Yo le agradezco el sacrificio.

MAESTRO.— En el fondo, me alegro. Ya no tendré más coartadas para negarme a salir al mundo y enfrentarme con la realidad.

MONTILLA.— También esto es realidad.

MAESTRO.— Le puedo asegurar que mi mujer no es fantasía.

TRINI.— Y hablando de realidades, ¿aquí cuándo se come?

MARUJA.— Tira de la campanilla y vendrá el mayordomo.

TRINI.— Algo traerán, digo yo.

MAESTRO.— Un mendrugo y agua para seguir la tradición.

TRINI.— El cuerpo me pide guerra. (Va a la reja.) ¡Sargento! ¡Sargento! (A los otros.) ¿No ha dicho el Diputado que somos sus protegidos? ¡Sargento!

VOZ DEL SARGENTO.— La condesa de Montecristo. (Llega el SARGENTO.) No quiero romperme las uñas excavando ladrillos.

SARGENTO.— La crisma voy a romperte yo.

TRINI.— ¡Alto ahí, carnicero, que somos la nata batida de los calabozos españoles! Nos avala y prestigia su jefe.

SARGENTO.— ¿Qué jefe?

TRINI.— El señor *Dipu*. ¿O es que ya no se acuerda?

SARGENTO.— (Sonriente.) Tengo buena memoria...

TRINI.— Pues entonces...

SARGENTO.— ... y jamás olvido un rostro que me la haya jugado.

TRINI.— Cuidadito con las amenazas, que sale usted en la próxima interpe-lación parlamentaria en la boquita de don Sebastián.

SARGENTO.— No conozco a ningún Sebastián.

TRINI.— ¡Leche, Sargento! ¡Déjese de bromas!

SARGENTO.— (Feroz.) ¿Has visto tú bromear a un policía desde la muerte de Franco?

TRINI.— (Tragando saliva.) Pues ahora que lo dice...

MONTILLA.— Pero, vamos a ver, ese señor que estaba aquí y que usted sacó hace unos minutos...

SARGENTO.— De aquí no ha salido nadie.

MARIANA.— El que dijo que era diputado.

SARGENTO.— Pero ¿cómo va a estar en la cárcel un diputado?

MONTILLA.— ¡La madre que...!

SARGENTO.— (*Riendo abiertamente.*) ¡Pringaos, que sois unos pringaos! Yo creo en los políticos porque me pagan el sueldo; pero vosotros se lo pagáis a ellos; no sé de dónde os viene tanta fe. ¡Nunca os entenderé! ¿Y sabéis por qué? (*Pausa.*) Porque no vale la pena el esfuerzo.

(Ríe fuertemente y hace mutis ante la desolación general. Pausa.)

MARIANA.— ¡Ay, mi Luisín!

MAESTRO.— Al menos nos queda el cuarto poder. Montilla, espero que cuente este escandaloso atropello en su diario... (*MONTILLA guarda silencio.*) ¡No me diga que no es periodista...!

MONTILLA.— (*Con un hilo de voz.*) Lo soy.

MAESTRO.— Entonces ¿cuál es el problema?

MONTILLA.— Que soy corresponsal.

MAESTRO.— Sí, ya lo dijo antes; ¿y qué?

MONTILLA.— Corresponsal... taurino.

MAESTRO.— (*Mesándose los cabellos.*) ¡Ya sólo en la paz de los sepulcros creo!

MARIANA.— ¡Ay, mi Luisín! Con los políticos hay que drogarse por necesidad: para no verlos.

MARUJA.— Y qué chulo se había puesto don Sebastián Miranosequé...

TRINI.— ¡El muy canalla...!

MAESTRO.— Todo lo que digáis es poco.

MONTILLA.— ¡Ladrón!

MAESTRO.— Eso casi no es un insulto.

MONTILLA.— ¡Lo digo porque el muy chorizo encima se ha quedado con el bolígrafo de oro!

(Suena música sobre el desconsuelo y poco a poco se hace el oscuro para que baje el telón.)

CÉSAR, ES NECESARIO QUE HABLEMOS

Personajes

CÉSAR

VICTORIA

Tienen la edad que todos desean tener y por la cual echan a perder la edad que realmente tienen.

Al levantarse el telón, están sentados a la mesa.

CÉSAR.— (*Al público.*) Cuando mi mujer levantó la fortaleza de su mirada del regazo donde la había dejado reposar durante el largo silencio de nuestra sobremesa y me dijo:

VICTORIA.— César, es necesario que hablemos,

CÉSAR.— di como probada la idea de que mi vida estaba a punto de dividirse en un antes y un después de aquella ominosa propuesta de conversación.

VICTORIA.— César, es necesario que hablemos.

CÉSAR.— ¿De qué quería hablar Victoria? ¿No hablábamos todos los días sin necesidad de un pórtico tan melodramático? No se trataba de una banalidad, porque en ella era impensable recorrer caminos sin haber estudiado antes encrucijadas, atajos y posadas. Ni andar errante, ni perder la mirada son sus holganzas preferidas. Las mías sí, porque yo soy todo arabesco, extroversión y circunloquio. ¿Pero Victoria? Mírenla bien. Fíjese, fíjense en la rotundidad de su postura, en el acabado de su atuendo. ¿Ven alguna arruga en su vestido? ¿Le falta algo a su peinado? Todo está concluido, nada hay dejado al azar o al capricho. Ella, si promete, cumple; si empieza algo, lo acaba. Nunca lee dos libros al mismo tiempo. Por lo tanto, ¿qué se podía concluir de aquel:

VICTORIA.—César, es necesario que hablemos.

CÉSAR.— tan escueto y sin ganga? Sencillamente, que tenía un amante. Porque en ella el escarceo, la aventura ocasional o la caída imprevista

estaban descartados. Lo suyo es amar de manera definitiva. Y el amor le exige sinceridad. A mí, en cambio, el amor me impulsa a mentir para protegerlo. En esa disparidad de criterios yo siempre había depositado el éxito de nuestro matrimonio. Ante el desolador panorama de tantos caminos interrumpidos por divorcios, diez años de matrimonio podían y debían ser considerados un verdadero triunfo. Nuestros amigos, todos separados, nos veían como un muro que era preciso derribar para que los cascotes del suyo no les afrentaran. Pero Victoria y yo permanecíamos incólumes ante arietes y catapultas, porque habíamos hallado un punto de equilibrio entre mi torrencial egoísmo y su amorosa generosidad. (*Se levanta impulsado por una idea aterradora.*) ¡Ahí podía estar la clave de su adulterio! Victoria había decidido revisar con ojos críticos nuestras respectivas aportaciones de paciencia y desprendimiento al fondo común matrimonial, y el resultado de su análisis fue de una realidad que consideró humillante para sus desvelos. Porque ella, siempre en el otro lado de la balanza, procuraba añadir sensatez donde yo ponía locura para que su tierra y mi aire pesaran lo mismo. Pero con un saldo donde la siembra es mayor que la mies recogida, llega el tiempo del disimulo y la mentira piadosa. Aunque no era ese mi caso. Ah, no, no. Yo amaba a Victoria. (*Se acerca amorosamente a ella por detrás.*) Todavía me gustaba, aunque ya no hubiera entre nosotros la apasionada sexualidad de los primeros encuentros. Tampoco yo debía de ser el mismo para ella. ¿Estaba ahí, agazapada y muda, la causa de su desencanto? La costumbre, ese monstruo que lo devora todo, dormía plácidamente en el sofá frente al televisor, atezanándonos, haciéndonos crecer raíces en las plantas de nuestros pies y cubriéndonos de moho. Ya no había fuego, aunque permaneciese el rescoldo. ¿Era justo censurarle a Victoria su desamor? Yo era el culpable por dejar exangüe su deseo, por no haberlo desarrollado hasta la dimensión en que no es posible satisfacerlo de un sorbo, para que cada día ella me pidiera saciar la sed que yo debía hacer inextinguible. Victoria estaba ahíta de rutina. Sin sorpresas ¿qué aliciente tiene cada amanecer? ¿Cuándo fue la última vez que le envié flores? Pregunta necia, porque la cuestión debía ser ¿cuándo fue la primera? No le regalaba nada por San Valentín con la excusa del rechazo de la grosera instrumentalización mercantil de los grandes al-

macenes. Tampoco por su santo y cumpleaños, con el débil argumento de sustituir los regalos por un viaje que hubiéramos hecho de igual modo. Regalar cosas en Navidad era un sometimiento a la moda americana, o sea, que no; y los Reyes, aunque sí, como eran cosa de niños, pues tampoco. Otra cosa: ¿La besaba al llegar a casa? Ya era grave que no lo recordase. Una más: ¿Le dije en los últimos años que estaba guapa, que le sentaba bien tal o cual prenda, que su nuevo peinado la favorecía? (*Abatido.*) ¿Por qué fui deslizándome en la pendiente de la insensible rutina? Las zapatillas y el batín son los heraldos de la muerte matrimonial. ¡Nunca debí cenar en pijama! (*Se vuelve a sentar derrotado.*) Su amante sería más joven, siempre repulido, jamás despeinado. Si enfermo, lejos de ella para ocultar la miseria humana del moqueo, el desagrado de mal aliento, la molestia de la fiebre y el hastío del sudor. Su amante no tendría ninguno de los defectos del declive humano, iniciado precisamente a mi edad: la pinzadura en la vértebra artrósica, un amago de reumatismo, la incipiente calvicie, el temor de la impotencia... (*Mira a su mujer con cómico rencor.*) No, su amante sería un canto vertical, siempre oliendo a espliego, simbolizando una eterna primavera. El sería la sorpresa renovada, el enigma por resolver, la inundación fértil del Nilo, la conquista diaria y sin desánimo, un abarcarlo todo sin llegar jamás a cerrar los brazos. Seguro que, lleno de solicitud, le abría la puerta del coche. Si Victoria tiene un amante, pensaba, yo he sido su maestro en tercerías. No podía reprochárselo. Conmigo el amor no progresaba. Lo di por satisfecho el día en que necesité una talla más de pantalón, sin hacer nada para reducir el perímetro de mi cintura. Ese día el hogar comenzó a constreñir a Victoria igual que el cinturón mi abdomen. Cada bostezo era una puerta abierta. Cada repetición, un ansia por traspasarla. Cada olvido, un camino por recorrer. Cada fideo en mi barbilla, un camino recorrido y, al fondo, un letrero con un mensaje letal:

VICTORIA.— César, es necesario que hablemos.

CÉSAR.— Apenas pude balbucear una frase de introducción. No sé si dije «tú dirás» o «¿de qué se trata?», pero tengo grabado a fuego en mi recuerdo que derribé el vaso de vino sobre la preciosa falda de Armani que nunca le elogí. (*Efectivamente tira el vaso y mancha a Victoria. Ella se limpia con una servilleta.*) Mi torpeza se merecía que Victoria

tuviera no uno, sino dos amantes. Pero no me reprochó nada. Nunca lo hacía, mírenla. ¿Ven? Como siempre, me excusó con una sonrisa, mientras con una servilleta se secó la mancha rojiza con movimientos mecánicos. Estaba tan concentrada en lo que debía decirme, que no dio importancia a la ruina de su falda. Después de una devastadora limpieza, que había extendido la mancha como una menstruación incontenible, cogió mi mano entre las suyas, como supongo yo que deben de hacer los resignados familiares a la cabecera de la cama de un desahuciado. (*Victoria lo hace.*) «Me tiene lástima», pensé. «Es como un verdugo piadoso». Y no supe reaccionar. Confieso que tuve deseos de adelantarme a sus palabras y decirle que también yo tenía una amante. (*Se suelta y le dice agresivamente.*) Es una alumna de dieciocho años con un cociente intelectual asombroso. Que sea rubia, alta, guapa y mida 90, 60, 90 son detalles accesorios. Y además es heredera universal de la fortuna de su padre, un industrial vasco que tiene 93 años y al que se le acaba de dignosticar un cáncer maligno. (*Se levanta y se dirige nuevamente al público.*) Era una cuestión de orgullo. Si Victoria sí, ¿por qué yo no? Y por aquel patético esfuerzo de mi imaginación pensé que quizá Victoria deseaba hablar conmigo porque suponía que el adúltero era yo. ¿Le había dado motivos de sospecha? Hubiera sido el colmo de la necedad ser fiel y no parecerlo. Porque yo jamás había tenido una aventura amorosa desde que me casé. Con la imaginación, sí: esa alumna, una dependienta, aquella vecinita, pero qué pecado tan blando para considerarlo la negra sima donde se ha de precipitar un matrimonio. ¿Yo un adúltero? Sonaba hasta melodramático. (*Tiene un espasmo de lucidez y retrocede angustiado.*) ¡Quizás hablé en sueños y Victoria dio consistencia real a lo que es un desahogo subconsciente! ¡No, no era posible que mi mujer me creyera un Barba Azul! ¿O sí? (*Se acerca a ella y la mira fijamente, con inquisitorial comicidad. Luego agita la cabeza y recuerda. Al público.*) En los últimos meses yo me miraba con más frecuencia al espejo, pero era para comprobar, horrorizado, los estragos del tiempo. Me deprimía pensar que en el breve plazo de cinco o seis años las suaves entradas de mi frente serían una embocadura afrentosa. ¡Y las arrugas! Victoria me consolaba con dulzura, diciendo que los surcos de la cara son las medallas de la experiencia. Pero a mí eso me sonaba a cita de libro y,

pese a sus buenas intenciones, no remontaba la depresión en que me hundía la certeza de un destino alopécico. No, no, rechazaba mentalmente: Victoria es lo bastante perspicaz como para no confundir mis preocupaciones estéticas con una sospechosa coquetería. Era otro el motivo de sus dudas. ¿Mis retrasos, quizá? Es cierto que en la Asociación había mucha actividad y yo era el último en abandonar el despacho. ¿Puede tan ligero motivo provocar dudas respecto a la fidelidad de su marido en una mujer tan cabal como Victoria? (*La mira.*) No, descartado. Nunca vine a casa con el cuello de la camisa manchado de carmín. No había cabellos largos y rubios en mis hombros, ni arañazos en mi espalda. Y bien, si se trataba únicamente de eso, de sospechas, no había por qué asustarse. Lo negaría todo y la sinceridad de mis palabras tendrían que convencerla. (*Se vuelve a sentar más tranquilo. De pronto, se gira hacia ella.*) Aunque, pensando yo mal a mi vez, ¿no cabía la posibilidad de que Victoria, al creer que la engañaba, hubiera querido consolarse en los brazos de otro hombre? (*Se mesa los cabellos con desesperación.*) Fueran por donde fueran mis pensamientos, al final llegaban a la misma conjetura. (*Enfurecido da un golpe en la mesa.*) ¡Victoria tenía un amante! ¡Lo tenía! ¿Cómo no me di cuenta antes? (*En un estado de creciente paranoia se pasea por la sala husmeando sospechas y habla en un crescendo emotivo.*) Si el casado es el último en enterarse, ¿callaban mis amigos al llegar yo a sus reuniones? No me constaba. Además, una mujer no puede disimular una cosa tan trascendente en su vida. ¿Qué había de sospechoso en su actitud? ¿Se arreglaba más? Yo la ví siempre igual de elegante. ¿Estaba más alegre? Ella nunca estaba triste. ¿Llegaba tarde y sus excusas eran pueriles? Nunca. ¿Había sonado el teléfono y al cogerlo yo, el amante colgaba? No, que yo recordase. ¿Se ruborizaban sus mejillas sin motivo aparente a causa de pensamientos indecorosos que yo no supe adivinar? ¿Se maquillaba más para disimularlo? ¿Ponía mayor énfasis al referirse a tal o cual compañero de su trabajo? Conclusión: Victoria había extremado su prudencia. No podía ser de otro modo en una mujer tan inteligente. (*Se sienta y reprime la congoja.*) ¡Qué humillación ser, al mismo tiempo que engañado, la causa del engaño! No sé qué me afrentaba más. Pero era la soledad que veía cabalgar con despiadado trote el sentimiento que prevalecía en mi maltrecha alma. Sin Victoria yo no era nada. Y esa angustia me pare-

ció de un egoísmo intolerable. Ante un derrumbe matrimonial como el que se nos avecinaba y, sobre todo, ante el trauma espiritual que iba a recibir nuestro hijo de siete años, yo sólo me preocupaba de mi soledad. Y si he de ser sincero, y creo que ha llegado el momento de serlo, lo que más me alertó era la situación económica en la que podía encontrarme tras nuestro divorcio. Victoria ganaba mucho más que yo. A cualquier otro hombre en mi caso eso le hubiera humillado; no a mí, que sabía muy bien que hubo momentos en nuestro matrimonio que fue al revés. Hasta en eso éramos un modelo para nuestros amigos. Mis ingresos no me permitirían vivir con desahogo y en esa situación no voy a ser tan egoísta como para reclamar la custodia de mi hijo. Lo cual significa que debería permitir que viviera con su madre viendo cómo otro hombre ocuparía mis vacíos. ¡Qué insufrible me resultaba pensar que el último beso de la noche no iba a ser ya el mío! ¡Qué pensaría Paquito cuando viera que su madre dormía con otra persona en nuestra habitación? La delincuencia juvenil tiene su fundamento en los hogares desgraciados. Y me imaginaba a mi hijo faltando a clase, suspendiendo, aspirando pegamento, fumando droga, robando para pagarse la heroína y finalmente en la cárcel o, aún peor, hallado en cualquier sórdido lavabo con la jeringa clavada en su vena y su mirada inocente perdida en los desconchados del techo. ¡Y todo porque yo no supe amar y mantener el amor de Victoria, como sin duda había sabido hacerlo su joven amante, su amante obsequioso, tan perfecto y satisfactorio! ¡El muy canalla! (*Se detiene un tanto fatigado y sonrío autoconmiserativo.*) La seguridad de los hombres en materia sexual es inversamente proporcional a su edad. Nos hace ridículos el miedo a serlo, aunque realmente no lo seamos. Las palabras de Victoria proponiéndome una conversación eran resolutivas, pero no exentas de cariño. «No me ama, pero aún me quiere.» Ésa es la máxima infelicidad para quien quiere y ama. Y me dispuse a escuchar la sentencia, tras aquel inocuo

VICTORIA.— César, es necesario que hablemos,

CÉSAR.— tan preñado, sin embargo, de oscura amenaza.

VICTORIA.— César, es necesario que hablemos.

CÉSAR.— Victoria carraspeó, al tiempo que ordena innecesariamente vasos y cubiertos. Se la veía nerviosa y yo hubiera querido, como libra que soy, sacarla del apuro y evitarme el mío. (A VICTORIA.) No me digas

nada, lo sé todo. Te he querido y te quiero. Por eso deseo tu felicidad. Mañana me iré de casa. No pienso causarte problema alguno. Adiós. (*Nuevamente le asalta una duda.*) Pero renunciar a recuperarla, ¿no lo interpretaría Victoria como una falta de amor? ¿Ese despegue no afianzaría su decisión de abandonarme? Y sobre todo, ¿tan fácil se lo iba a poner? ¿Por qué nunca me dijo que le molestaba tal o cual cosa? No soy perfecto, pero tampoco tan necio como para no aceptar una crítica constructiva que pudiera salvar mi matrimonio. Con una ligera advertencia yo, receptivo y solícito, hubiera cenado vestido de esmoquin, llevaría ficha precisa de nacimientos y aniversarios, aprendería a conducir, quemaría la televisión, precintaría el sofá, me haría socio de Interflora, viajaríamos a países exóticos; mejor aún, viajaríamos sin destino: «dos billetes del primer avión que despegue, vaya a donde vaya». ¿Tonga?, pues Tonga. ¿Bhubaneswar? Allí vamos, sea África o Asia. Si Camberra a vivir con canguros, si Tokio a adorar al Fujiyama. Muerte a la certeza. Enterremos la rutina. Viva el albur. (*Se serena y mira al público con patética actitud.*) Seamos sinceros. Tengo cuarenta y un años. La primera escala en Guinea Bissau haría de Victoria la turista más viuda de las líneas aéreas internacionales. ¿Es eso justo? Admito mis errores, pero no siendo éstos malévolos, ¿por qué Victoria, con su delicadeza habitual, no me los hizo comprender? Y la respuesta llegó celérica y amarga: porque amaba a otro hombre y renunció al esfuerzo de recuperar los alicientes que su amante le proporcionaba sin exigirselos. ¿No era eso egoísmo? ¿No podía yo reprocharle a mi vez sus silencios? Aquel perentorio...

VICTORIA.— César, es necesario que hablemos.

CÉSAR.— Llegaba demasiado tarde. Injustamente tarde. Las cuerdas pueden romperse por los dos cabos. Si Victoria estiró más del suyo, no podía reprocharme las consecuencias. Yo nunca le dije, y me dio muchos motivos para hacerlo, que su fría rectitud, su ofensiva perfección me tenía sobrecogido el palpito. Es muy difícil convivir con un ser perfecto. Pero por lo visto sólo mi personalidad era insoportable. Soy atrabiliario, irracional, a veces carezco de sustancia. Cierto que ella nunca me llamó cosas tan horribles, pero ahora que tenía un amante y me lo iba a confesar, comprendí que siempre lo pensó. Atrabiliario, irracional y Dios sabe qué cosas más. No somos iguales y en nuestra diferencia creí que estaba el éxito de nuestro matrimonio. Si hubiera

sido al revés, si yo le hubiera dicho «Victoria, es necesario, que hablemos» y a continuación le hubiese confesado que tenía una amante, ¿cuál hubiera sido su reacción? (*Pausa.*) No supe qué contestar y esa pregunta sin respuesta anegó mi alma. ¡Estaba casado con una desconocida! Pues ya basta de incertidumbres, me dije. No esperaré como un cordero sumiso su demoledora confesión. (*Se dirige a ella con una agresividad que, muy a su pesar, resulta cómica.*) «¡Bien, sí, tienes un amante! ¿Y qué? ¡No te censuro un acto tan vulgar, sino que te lo hayas callado hasta ahora! ¡Te reprocho tu falta de sinceridad! Es mal pago por diez años de matrimonio». (*Sereno y cómplice, al público.*) Si eso no la ablandaba hasta el arrepentimiento, aún quedaba un tiro en la recámara. (*Y concluye melodramático.*) Ni nuestro hijo ni yo nos merecemos este trato. (*Hace una pausa y describe sus acciones.*) Me sequé el sudor de la frente, bebí agua y rehuí su mirada para que no viera en la mía el profundo terror de mi ansiedad. Finalmente, Victoria dijo lo que quería decir y yo permanecí mudo más tiempo del que era previsible.

VICTORIA.— César, es necesario que hablemos.

CÉSAR.— (*Paralizado y tartamudo.*) T-tú dirás.

VICTORIA.— Este verano prefiero la montaña.

(*Pausa llena de perplejidad.*)

CÉSAR.— ¿Eso es todo? (*Al público.*) dije sin parpadear, intentando que mi sangre reiniciara su recorrido por las venas adecuadas.

VICTORIA.— ¿Esperabas otra cosa?

CÉSAR.— No.

VICTORIA.— Ah.

CÉSAR.— Ya.

VICTORIA.— ¿Café?

CÉSAR.— Sí.

(*Beben en silencio, mientras CÉSAR, avergonzado, mira de reojo al público. Se oscurece lentamente la sala y cuando ellos quedan silueteados como un camafeo, cae el telón.*)

EL VOLCÁN DE LA PENA ESCUPE LLANTO

Personajes

MAESTRO

Estamos en la memoria del protagonista; por lo tanto, el resto de los personajes, interpretados por un coro de tres mujeres y cuatro hombres, participa en la acción cuando es convocado por el recuerdo.

- ACTRIZ 1 MUJER 1, CONSPIRADOR 3, MILITANTE 4, PASEANTE 2
ACTRIZ 2 MUJER 2, CONSPIRADOR 4, REVISIONISTA 2
ACTRIZ 3 ESPOSA, CONSPIRADOR 5, REVISIONISTA 4
ACTOR 1 FALANGISTA, ALEMÁN, SECRETARIO, REVISIONISTA 5
ACTOR 2 SERRANO, MASÓN, INTELLECTUAL FASCISTA, ESTUDIANTE 1, CONSPIRADOR 1, MILITANTE 3, REVISIONISTA 1, PASEANTE 4
ACTOR 3 ORTIGOSA, PINTOR, JEFE DEL MOVIMIENTO, ESTUDIANTE OTRO, CONSPIRADOR 2, MILITANTE 2, REVISIONISTA 3, PASEANTE 3
ACTOR 4 OSORIO, JUDÍO, COMUNISTA, MILITANTE, HISPANISTA, PASEANTE

El volcán de la pena escupe llanto es como un lamento silencioso, visto con dolorosa simpatía. El protagonista es un pobre hombre al que matan en la guerra civil y después, a lo largo de 50 años, hasta la transición, su biografía es adulterada para utilizarla con fines políticos. Y todo eso lo cuenta el protagonista desde el Mas Allá, asistiendo, estupefacto, a esas manipulaciones. Ya sabemos que la historia está llena de casos similares, desde Lorca y Muñoz Seca, cada uno utilizado por su bando, hasta Azaña, que parece que ahora sirve tanto para un barrido como para un fregado. De ellos se hace bandera y consigna porque ya están muertos y no pueden protestar. Yo creo que nuestra sociedad ama tanto a los muertos para no tener que amar a los vivos, que por estarlo son más incómodos. Lo que el radioyente va a escuchar es, pues, un guión crítico, pero también lleno de humor, que son los dos ingredientes más habituales de mi teatro.

Se oye un disparo. De las sombras surge una voz:

MAESTRO.— Me dieron el paseíllo en una noche agosteña de escandalosas chicharras. *(Entra en la luz de la escena el MAESTRO y espera a que se oigan las chicharras que ha mencionado. Luego asiente y se dirige al público.)* La luz de la Luna, amordazada por nubes sin prisa, apenas si alumbraba el miedo de mis pasos. *(Su entorno se ilumina tal y como lo ha descrito.)* Cuando me sacaron a rastras de mi casa, no opuse resistencia. Tampoco protesté cuando me insultaron. Después de todo, no sabía si era culpable. En una guerra civil nadie es inocente y mi inepta concepción del arte de vivir me hizo presunto.

(Se oyen las voces de su duda, que él escucha con aplicada atención.)

VOZ.— ¿Acaso mostraste escepticismo ante los rumores de una victoria próxima?

MAESTRO.— Pues no sé..., yo me limitaba...

VOZ.— *(Interrumpiendo.)* ¿Enseñaste doctrina en vez de literatura?

MAESTRO.— Quizás alguna vez, pero sin intención...

VOZ.— ¿Saludaste con desgana?

MAESTRO.— Ahora mismo no recuerdo si...

VOZ.— ¿Hablaste con quien no debías?

MAESTRO.— Hombre, yo...

VOZ.— ¿Dijiste algo inadecuado? ¿Hiciste un gesto equívoco? ¿Callaste cuando no tenías que hacerlo? ¿Faltaste...?

(Hace un ademán de hartazgo y las voces callan de inmediato.)

MAESTRO.— *(Suspira con impotencia resignada.)* La iba a diñar y sin saber la causa. Ignorante y tonto. Con esos poderes, ¿cómo no iba a acabar como lo hice? *(Pasea mientras oye portazos.)* A nuestro paso se cerraban los balcones desde los que caían cascadas de floridas enredaderas, cuyo dulce aroma parecía quitar amargura al dramatismo de mi fatídico paseíllo. Nadie quería ser testigo de mi muerte. Ni de la mía ni de la de nadie, por miedo a ser el próximo en recorrer el mismo camino. *(Portazo.)* ¿Cómo reprochárselo? Cuando los hermanos luchan entre sí, no se puede ser primo. La noticia de mi muerte, convertida en medrosos susurros, correría como el aire de marzo:

(Al fondo, se ilumina a contraluz un friso en sombras del que salen dos MUJERES que pasan delante del MAESTRO.)

MUJER 1.— Le han dado el paseíllo al maestro.

MUJER 2.— ¿Era rojo?

MUJER 1.— Mujer, si era maestro no iba a ser falangista.

MUJER 2.— Pues parecía buena persona. ¿Y qué hizo?

MUJER 1.— A saber.

MUJER 2.— Mira tú.

MUJER 1.— Ya ves.

MUJER 2.— Quién lo iba a decir.

MUJER 1.— Pues lo que te digo.

(Un FALANGISTA las detiene.)

FALANGISTA.— ¿De qué habláis?

MUJER 1.— ¿Nosotras? De los geranios, que no hay manera de que cojan, ¿verdad, tú?

MUJER 2.— ¡Verdad!

(Se cubren la cabeza con sus mantos y vuelven como bultos negros a las sombras de las que salieron. Luego, lo hace el FALANGISTA.)

MAESTRO.— Al llegar a los arrabales culminó la certeza. En las afueras del pueblo aguardarían las zanjas abiertas dispuestas para borrar de la memoria a algunos hombres. *(Se oye el disparo presentido. Es una detonación irreal, por eso se acompaña de ecos.)* Intenté reprimir el sudor frío que desde la nuca me reguera hasta la cintura, mojando mi camisa. Tampoco quería temblar y mucho menos gemir patéticamente. No por dar una imagen última de dignidad, ni por evitarle a mis verdugos la satisfacción de mi miedo, sino por el recio convencimiento de la inutilidad de cualquier gesto. *(El maestro cierra lo ojos y su mente convoca un nuevo disparo.)* Al final, con o sin vómitos, perdida o no la dignidad, a rastras o con paso firme, rogando o imprecando, el destino del pasefello era algo ineluctable. De puro rutinario, era todo muy vulgar. Antes que yo, otros, después de mí, más, y en las zanjas, todos. ¿Qué sentido tendría exclamar en el postrer instante una frase heroica que nadie iba a recordar? Y aunque fuese labrada en todos los muros, escrita en todos los libros y repetida hasta hacerse tradición, ¿qué me iba a importar a mí, ya diluido en el vacío de la nada? *(Sus pasos vacilan cuando vuelve a oírse el sonido mortal.)* Como nunca pensé en la muerte, morí de repente. A los cincuenta años se comienza a sentir el acecho tenebroso de la certidumbre. Pero a los cuarenta sólo se piensa en la vejez. Me faltaron diez años para acostumbrarme a la idea de que yo no iba a ser diferente a los que me precedieron. *(Se abren trampillas débilmente iluminadas. El MAESTRO las va señalando y a medida que lo hace asoman por ellas sus ocupantes.)* Antes que a mí, le dieron el pasefello a un pintor comunista. *(El pintor, sonriente, levanta su puño como un saludo cotidiano.)* Y en esa fosa enterraron a un judío... *(el JUDÍO niega con la cabeza)* ... bueno, no era judío, pero tenía la nariz larga. Para matar en una guerra, bastan los indicios. *(El JUDÍO se abre de brazos para expresar la sinrazón de su muerte.)* Aquí, a un masón... *(El MASÓN rectifica al MAESTRO señalando otro lugar.)* Es decir, un poco más allá. *(El MASÓN se traslada a la fosa correcta.)* Y nadie entendía por qué en esta tierra sin consagrar comenzó a crecer

un bosque frondosísimo, mientras que los árboles del sagrado cementerio eran cada vez más ralos. *(Todos desaparecen por sus trampillas y con ellos la luz que los iluminaba. El MAESTRO avanza hasta un extremo en el que hay otra trampilla y la luz le sigue.)* En la parte más oculta estaba mi previsible zanja, voraz y expectante. *(El MAESTRO abre la trampilla y la mira como si fuera la fosa. De ella emerge una luz irreal.)* La miré sin aprensión. Cuando me sacaron de casa, ya me di por muerto, y ahora que iba a estarlo, contemplaba la tumba improvisada con la displicencia del que oye lo consabido. *(Una nueva detonación, que ahora suena más contundente, le hace cerrar los ojos.)* No esperaba otra cosa y acepté la propuesta. *(Se introduce en la fosa y desde ella, de pie, sigue hablando.)* Nadie se impacientaría por mi retraso ya eterno. Mi mujer había buscado pasión donde yo creaba ternura, y encontró en otros brazos el exceso que no supe darle. La medida era el molde de mi ser. Ni alto, ni bajo; ni grueso, ni delgado; ni pelón, ni hirsuto; Nunca mis sueños fueron pesadillas. Jamás tuve anhelos, me limitaba a tener deseos. Fui agnóstico para evitar el esfuerzo de creer. Y cuando ella, consecuentemente, me abandonó, sentí, incluso, alivio. Ya todo era sosiego y previsión. Mis afanes se convirtieron en rutina. Aunque un poco tarde, comprendí que si no me asustaba la muerte era porque ya estaba muerto. *(Se oye el disparo definitivo. El MAESTRO mima durante un segundo, el gesto de la muerte: brazos al aire, doblados por los codos como un ala rota, cabeza ladeada, ojos en blanco y boca abierta en estupor breve.)* Gracias al disparo en mi nuca, por primera vez pude ver mis dientes sin la ayuda de un espejo. Eran como perdigones rojos buscando desconcertados un objetivo inexistente. Dolor, ninguno. Sorpresa breve, pero por el ruido. Caí de rodillas y así me quedé, muerto y sin respeto por la estética. *(Se hunde en la fosa y al instante asoma de nuevo con un muñeco vestido como él que pondrá en la posición que ha descrito antes. Luego sale de la fosa y golpea con el pie al muñeco.)* De una patada me ladearon y caí en la fosa. Luego me cubrieron con tierra y comenzó la grosera descomposición, cumplida en el olvido. Hasta la resurrección de la carne. *(Se oscurece la fosa y el MAESTRO cierra la trampilla y se traslada al otro extremo del escenario. Cambia la luz. Se oyen lejanas las canciones de la victoria: «Prietas las filas», «Montañas nevadas»*

o «*Cara al Sol*».) Pasaron los años y una dilatada posguerra evitó las reconciliaciones. El rencor y el miedo alimentaron más que las lentejas contadas o el cocido escueto. Y a partir de entonces, todo fue un asombro. El falangista que me substituyó en la escuela hizo más patente mi forzada ausencia.

(Dos jovencitos vestidos de flechas se acercan al MAESTRO. El FALANGISTA avanza y se dirige a ellos.)

FALANGISTA.— ¿Quiénes sois?

LOS TRES.— La Organización Juvenil.

FALANGISTA.— ¿A quién queréis?

LOS TRES.— A España.

FALANGISTA.— ¿Qué es España?

LOS TRES.— Una Unidad de Destino en lo Universal.

FALANGISTA.— ¿Por qué lucháis? *(Los alumnos dudan. Preguntando.)* ¿Serrano?

SERRANO.— Luchamos por...ahora mismo no me...

FALANGISTA.— ¡Flexiones! *(SERRANO se echa al suelo y las hace.)* ¿Ortigosa?

ORTIGOSA.— Luchamos por Dios.

FALANGISTA.— Bueno, sí, ¿pero además? *(A SERRANO.)* ¡No pare, Serrano, que le observo! *(Vuelve a preguntar a ORTIGOSA.)* ¿Luchamos por...?

(SERRANO hace gestos imperiosos a ORTIGOSA para que acierte y él pueda dejar el castigo de las flexiones.)

ORTIGOSA.— ¡Por la Patria!

FALANGISTA.— ¡Sí! ¿Y qué más, Osorio?

OSORIO.— Por la Patria, el Pan y la Justicia.

FALANGISTA.— ¡Exacto! Arriba Serrano.

(SERRANO se levanta y se incorpora al grupo.)

FALANGISTA.— ¿En qué creéis?

LOS TRES.— En España y su Revolución Nacional.

FALANGISTA.— ¿Nacional y...?

(SERRANO *se echa al suelo y comienza a hacer flexiones otra vez.*)

OSORIO.— Nacional y... ¡Sindicalista!

(SERRANO *se vuelve a incorporar.*)

FALANGISTA.— (*Señalando a ORTIGOSA.*) ¿Cuál es vuestra consigna?

(ORTIGOSA *calla y recibe un bofetón.*)

FALANGISTA.— (*Señala a OSORIO.*) ¿La consigna?

OSORIO.— ¡Por el Imperio hacia Dios!

FALANGISTA.— ¿Qué os sostiene?

LOS TRES.— La sangre de nuestros caídos.

FALANGISTA.— ¿Quién os guía?

LOS TRES.— ¡El Caudillo!

FALANGISTA.— ¿Cuál es vuestra disciplina?

LOS TRES.— ¡La Falange!

FALANGISTA.— ¡Recreo!

(*Cuando el FALANGISTA se va, SERRANO y ORTIGOSA golpean a OSORIO.*)

MAESTRO.— Mis alumnos, tolondrones y haraganes, que conmigo nunca aprendieron a pensar por sí mismos, comenzaron a hacerlo para criticar las contundentes y fatigosas clases del falangista, impregnadas de espíritu nacional.

SERRANO.— Si el orden de los factores no altera, el producto una unidad de destino en lo universal es lo mismo que un universal destino en la unidad.

ORTIGOSA.— O un destino universal unido.

SERRANO.— Eso es lo que he dicho yo.

ORTIGOSA.— No, tú confundes el universo de la unidad de destino con el destino unido al universo y ambos destinados a la universal unidad.

OSORIO.— Nos vamos a condenar por tomarnos a broma las cosas de la fe.

SERRANO.— Así no hay manera de especular. Cuando llega la fe se acaba la alegría del pensamiento.

(El MAESTRO asiente aprobatorio y un tanto sorprendido.)

OSORIO.— Esa frase, la del destino y tal, aunque no la entendamos, la ha dicho el Caudillo y no creo yo que el Caudillo, siendo nuestro invicto Generalísimo, diga tonterías, porque si fuera tonto no sería Caudillo y viceversa.

ORTIGOSA.— Pues no será tan buen Generalísimo si tardó tres años en derrotar a los rojos del «contudernio» de las narices.

SERRANO.— ¡Ésa es otra!

MAESTRO.— Y tanto esfuerzo les hizo añorar mis sosegadas clases con más recreos que deberes. Sus vocecitas enojadas corrieron la voz:

(Los ALUMNOS recorren el escenario susurrando su descontento.)

ALUMNOS.— El falangista, no; el maestro, sí. El falangista, no; el maestro, sí. El falangista, no; el maestro, sí.

OSORIO.— Pues a mí el falangista no me parece mal...

(SERRANO y ORTIGOSA le golpean, mientras se van al fondo y se cambian para representar a otros personajes.)

MAESTRO.— Y los susurros mantuvieron mi nombre en la memoria. Pero sus disidencias las atribuyeron a mis lecciones calificadas a partir de entonces de...

FALANGISTA.— *(Entrando.)* ... corruptoras y masónicas, vomitadas con la execrable intención de animar a la indocilidad. Son sedimento de pastizara revolucionaria, campo de ateos y germen de herejes.

(Vuelve al fondo, marcando el paso.)

MAESTRO.— Y en medio de estos ires y venires, mi cuerpo siguió donde estaba, porque como no se concedió una amnistía y se ejerció la victo-

ria, nadie pudo desenterrar a sus muertos. (*Suena de nuevo música de la época.*) Mientras, se tachó mi nombre de actas y cédulas, lo que contribuyó, como suele ocurrir, a expandirlo. Ya se sabe: las cosas lícitas son insípidas; lo que estimula sabrosamente es lo prohibido. De muerto necesario pasé a víctima ejemplar, y para que no hubiera otro mártir, intentaron denigrar mi memoria.

(*El FALANGISTA avanza acompañado del JEFE DEL MOVIMIENTO y un INTELLECTUAL FASCISTA. Todos especulan.*)

FALANGISTA.— Maricón.

JEFE.— Está casado.

FALANGISTA.— Pues cornudo.

JEFE.— Tampoco. Los cornudos dan pena.

INTELLECTUAL.— Y hay demasiados.

FALANGISTA.— ¿Pues entonces...?

MAESTRO.— Y sólo me atacaron por una ideología que nunca tuve por la pereza de reflexionarla.

JEFE.— Hay que insinuar que ha huido a la Unión Soviética con las 635 toneladas de oro de la República, privando a los españoles de los fondos necesarios para construir colegios...

FALANGISTA.— ... hospitales...

INTELLECTUAL.— ... asilos...

JEFE.— ... y mandangas de esas. ¡Estupendo! La prensa del Movimiento se encargará de propagarlo.

INTELLECTUAL.— ¿Y quién redactará la noticia?

JEFE.— Habla con Giménez Caballero.

(*Hacen mutis.*)

MAESTRO.— Y mientras, para evitarse represalias gananciales, mi mujer voceaba a tierras, mares y vientos que se había separado de mí porque, gracias a su intuición de afecta al Alzamiento, comenzó a adivinar mis «excrecencias ideológicas». (*La mujer que va a hablar se detiene.*) Mi mujer no utilizó ese término (*la mujer corrobora negando con la cabeza*), pero el neomaestro falangista se lo apuntó, y desde entonces ella lo usaba con generosidad de conversa:

ESPOSA.— «¿Mi marido? ¡Un excrecente!»

(Y se va resolutiva.)

MAESTRO.— Con ese aval de iniquidades, los escuetos apuntes de mis clases corrieron en transmisión oral como la sabiduría del paráclito. Mis errores se hicieron dogma.

(Unos ESTUDIANTES leen copias de los cuadernos del MAESTRO a escondidas.)

ESTUDIANTE 1.— Aquí pone que el Guadalquivir pasa por Valladolid.

ESTUDIANTE 2.— ¿Por Valladolid no pasa el Pisuerga?

ESTUDIANTE 1.— Eso es lo que nos dicen para que el maestro parezca un ignorante fluvial.

MAESTRO.— Mis juveniles poemas de amor, torpes y cursis, fueron reinterpretados como la munición poética de un escritor radical. Donde yo había escrito «el volcán de la pena escupe llanto», los agazapados leían:

ESTUDIANTE 1.— «Pueblo siempre y revolución ahora.»

ESTUDIANTE 2.— Más claro, el agua.

ESTUDIANTE 1.— ¡Qué sensibilidad!

MAESTRO.— De la palabra «amor» se hizo una relectura.

ESTUDIANTE 2.— Amor significaba para el maestro el generoso deseo de una reconciliación nacional

MAESTRO.— y mi muerte fue:

ESTUDIANTE 1.— el sacrificio laico de un Jesús nuevamente inmolado en el Gólgota tirano.

MAESTRO.— Fui el mártir silenciado,

ESTUDIANTE 1.— el grito irredento,

ESTUDIANTE 2.— la conciencia versificada,

ESTUDIANTE 1.— la voz amarga que se lee en secreto.

(Se van sinuosos al fondo.)

MAESTRO.— Con mis versos se hicieron consignas, claves y contraseñas.

(*Entran por diferentes lados dos CONSPIRADORES y miman logias.*)

CONSPIRADOR 1.— «¿Qué esconde el volcán?»

CONSPIRADOR 2.— «La pena del llanto.»

CONSPIRADOR 1.— Correcto. Pasa.

(*Y hacen mutis ojeando suspicaces.*)

MAESTRO.— No terminó ahí mi evolución postmórtem, pues de víctima acabé en héroe: unos maquis le pusieron mi nombre a su grupo y, cuando fueron masacrados, todos creyeron que yo estaba personalmente al frente de sus acciones. Y de esa manera el héroe comenzó a ser leyenda. Pero como mi cuerpo no fue hallado entre los muertos, pasé de leyenda a mito. Y yo, desde la tumba anónima, en pleno tránsito hacia la nada, asistía al usufructo de mi vida, lleno de admiración por la capacidad del ser humano para las campanadas. Violada la intimidad de mi muerte, mi vida fue mixtificándose hasta lo inverosímil. (*Entran banderas rojas, pancartas y carteles. Gran algarabía que se inmoviliza y silencia a un gesto del MAESTRO.*) Al Partido Comunista en París le llegaron noticias del exterminio del maquis bautizado con mi nombre, y siguiendo la costumbre, realizaron manifestaciones de protesta contra el régimen opresor, utilizándome como ejemplo de abnegación. (*Nuevo gesto del MAESTRO y las banderas se separan formando un pasillo por el que pasa un camarada con rango, hablando sin que se le oiga la voz.*) Desde la plaza Vendome, el secretario general lanzó la soflama de siempre, cambiando nombres y lugares. Pero aquel día decidió improvisar una líneas, pues había leído recientemente a poetas rusos y se sentía inspirado. Con la potencia que dan, la voz las convicciones, se atrevió a especular:

COMUNISTA.— Como hubiera dicho el maestro al que hoy rendimos homenaje: «no hay estepa en los corazones cuando la tierra es regada por la sangre de los héroes».

(*Exclamaciones. Ondeán las banderas.*)

MAESTRO.— Lo de la «estepa» añadió exotismo a mis orígenes, haciéndolos más confusos, pero aquello de «como hubiera dicho el maestro» fue un acierto oratorio porque se puso de moda y a partir de entonces me convirtieron en un venero inextinguible de referencias. Con el tiempo, la probabilidad del verbo «hubiera» se transformó en certeza y acabaron adjudicándome las frases.

(Los CONSPIRADORES salen del grupo de manifestantes.)

CONSPIRADOR 3.— Como hubiera dicho el maestro...

CONSPIRADOR 4.— Seguro que el maestro tenía razón cuando pensó aquello de...

CONSPIRADOR 5.— Tomad ejemplo de las palabras del maestro...

CONSPIRADOR 3.— El maestro dijo...

CONSPIRADOR 4.— El maestro escribió...

MAESTRO.— Y al final, no fue extraño el desvarío:

CONSPIRADOR 5.— Como dijo La Pasionaria, citando al maestro, «más vale morir de pie, que vivir de rodillas».

(El MAESTRO se encoge de hombros en gesto de cómica impotencia.)

MAESTRO.— Mi exiguo poemario se fue ampliando y algunos llegaron a hablar de mi prolífica creación. El edificio de mi personalidad crecía con el abono de mil voces, repetidas en ecos. Y como mi oficio de maestro era pronunciado con exaltación, algunos acabaron escribiéndolo con mayúsculas, dándole valor mesiánico. *(Cambia la luz. Se oyen explosiones.)* Cuando se desató la locura de la Segunda Guerra Mundial, el Comité Central aprovechó el tirón de mi fama y me puso al frente una fantasmal organización de la Resistencia, a la cual los alemanes temieron más cuanto menos podían verla.

(Un ALEMÁN cruza con sigilo la escena.)

ALEMÁN.— ¡Achtung mit dem Maestro!

(Cambia la luz. Se oye una canción española.)

MAESTRO.— Los cincuenta tuvieron una grisura densa y rancia. Fue una década de repliegue, miseria y silencio. «El Régimen» decían en Perpignan, «está al caer.» Y esperando ociosos a que el fruto madurara por sí mismo, sestearon al tiempo que dejaban la labor de los hombres. Para entonces mi fama estaba consolidada, pero tras el triunfo de los Aliados, vencedores y vencidos ansiaron reposo para restañar heridas y los mártires cincelados en la desdicha fueron almacenados en los panteones ilustres de la memoria, no sin antes construir estatuas, pronunciar discursos y depositar flores. Sin la certeza de mi muerte e ignorado el destino de mi vida, me vi privado de tributos y glorias. (*Se forma un grupo de CONSPIRADORES.*) En Perpignan el Comité Central despertó al unísono y se aprestó a crear nuevas estrategias. Había otros partidos a la espera y era necesario que el suyo tuviera más linaje. La petrificada sangre de los mártires debía licuarse para poder ofrecerla fresca y reclamante. El problema es que para ellos yo estaba vivo, y mientras que la muerte fija la vida y dispensa gloria sin riesgo, la vida evoluciona y vaya usted a saber.

SECRETARIO.— Hay que perpetuar la gloria del Maestro si queremos utilizarla como aval en el reparto de restituciones que se avecina cuando caiga la Dictadura.

MILITANTE.— Entonces es imprescindible la certeza de su muerte...

SECRETARIO.— (*Acabando la frase.*) ... en condiciones de martirio.

MILITANTE.— ¡Claro, claro!

SECRETARIO.— Propuestas.

MILITANTE 2.— «Desapareció liderando la sublevación contra los nazis en un campo de concentración polaco.»

SECRETARIO.— Que se propague. Otra.

MILITANTE 3.— «Murió al frente de la resistencia yugoslava.»

SECRETARIO.— Impropio: en España no saben nada de Yugoslavia. Otra.

MILITANTE.— «Se sacrificó intentando evitar el exterminio de las tribus edénicas del Mato Grosso.»

SECRETARIO.— Romántico. Me gusta. Que corra. Más.

MILITANTE 2.— Alabemos su heroica aportación a la independencia de Mauritania, aunque ello le hubiera costado la vida después de ser torturado.

SECRETARIO.— Pero no le arrancaron ni un nombre.

MILITANTE 2.—Por supuesto.

SECRETARIO.— No está mal, pero ¿Mauritania? ¿Por dónde cae eso? (*Se miran corridos e ignorantes.*) Buscadle destinos más asequibles.

MAESTRO.— Y mi cuerpo sin vida apareció en la kasba argelina,

MILITANTE 3.— en la bahía de cochinos,

MILITANTE 2.— en la barricada frente a la casa de la moneda chilena,

MILITANTE 3.— en la plaza de Tiananmen,

MILITANTE 4.— en la fosa de May Lai

MAESTRO.— y en otros lugares en los que la lucha por la libertad era atributo de nobleza. Certificada mi muerte, se aprestaron a crearme una presencia ausente.

SECRETARIO.— Publicaremos su biografía.

MILITANTE 1.— Sí y varios ensayos sobre (*Lo piensa y concluye mayestático.*) la pasión osada de su ideario político.

MAESTRO.— Y hasta publicaron mis *Obras Completas*, que para aquel entonces ya eran voluminosas gracias al talento ajeno, que no a la pereza mía.

SECRETARIO.— ¡Ah! ¡Y unas memorias!

MILITANTE 2.— ¡Buena idea!

MILITANTE 3.— ¿Dónde están?

(*El SECRETARIO le mira fulminante y desaprobatorio.*)

SECRETARIO.— Deben aparecer milagrosamente conservadas en..., en...

MILITANTE 2.— ¡En una trinchera cavada con las uñas en la tundra moscovita!

SECRETARIO.— ¡Me gusta!

MILITANTE 1.— ¿Y quién puede escribirlas?

SECRETARIO.— Habla con Semprún.

(*Entran jóvenes leyendo libros del MAESTRO.*)

MAESTRO.— Mi vida pasaba las fronteras y se leía a escondidas con el regusto complaciente de quienes realizaban, a través de mí, la revolución que ellos no eran capaces de hacer. Mientras, el cementerio, al borde del cual reposaban mis restos, fue cerrado para construir otro mayor. (*Cambia la luz. Se oye música pop. Los jóvenes bailan y van coreografiando las acciones sugeridas por el MAESTRO.*) El desarrollo

económico de los sesenta permitió que los españoles viajaran al extranjero y conocieran países libres que les animarían a luchar para que el suyo también lo fuera. «El Régimen», seguían diciendo en Perpignan, «está al caer»; pero en Madrid los bares estaban alfombrados de cáscaras de gambas y las condiciones objetivas se diluían entre la tapa y el chato. Un hispanista de la Universidad de Pardue (Pennsylvania) analizó mis versos y llegó a la sabia conclusión de que en ellos subyacía un pansexualismo que me hacía cabalgar a pluma y a pelo.

HISPANISTA.— El transitado verso, «el volcán de la pena escupe llanto», es en realidad el orgasmo secreto de una pasión inconfesada. ¡El mundo gay tiene un nuevo mártir!

MAESTRO.— Gracias a ese descubrimiento fui consigna y bandera de las reivindicaciones más peculiares. Una vez más, mi grito al lado de la marginación. (*Se oyen campanas tocando a muerto.*) Pero cuando tras la muerte del dictador, en España se aceptaron los derechos democráticos, el pueblo, hartado de un pasado en el que todos tenían mucho que callar, decidió cimentar su futuro sobre el olvido. Y en la vorágine de la desmemoria, el recuerdo de mi vida se transformó en incómodo lastre.

(*El CORO se transforma en un grupo de REVISIONISTAS que lee, tacha, arruga y tira hojas.*)

REVISIONISTA 1.— ¿Héroe?, sí, pero excesivo.

REVISIONISTA 2.— No era genial, sino excéntrico.

REVISIONISTA 3.— Sólo la locura podía animar su desprecio por la vida, poniéndola en juego, sin la virtud de la prudencia.

REVISIONISTA 4.— Fue su desmedido orgullo lo que animaba su arrojo.

REVISIONISTA 5.— (*Exaltado.*) ¡La soberanía del pueblo no necesita conductores!

(*Todos aplauden.*)

MAESTRO.— Mi obra literaria descendió los peldaños de la gloria y fue considerada:

REVISIONISTA 1.— abstrusa,

REVISIONISTA 2.— decadente,

REVISIONISTA 1.— e inane.

REVISIONISTA 5.— *El volcán de la pena escupe llanto* es la prueba de un estilo tan ambiguo como cursi e inmaduro.

MAESTRO.— Mis obras se saldaron en rastros y mercadillos y, sin presencia constante, fui desapareciendo para las nuevas generaciones educadas en la saludable ausencia de conflictos.

(El CORO se transforma en los participantes de una encuesta callejera.)

PASEANTE.— ¿El Maestro? Ahora mismo no sabría decirle...

PASEANTE 2.— Me suena.

PASEANTE 3.— Paso.

PASEANTE 4.— Yo es que no veo la tele.

MAESTRO.— Sobre el terreno del antiguo cementerio construyeron nuevos edificios. El hoyo de mi tumba fue removido, y mis huesos, expuestos al arquitecto que se apresuró a sepultarlos de nuevo, esta vez bajo el cemento, para evitar que por tan inoportuno hallazgo se interrumpieran las obras. *(Entra la ESPOSA.)* Por esas fechas, viendo próxima su muerte, mi mujer confesó una culpa que la tuvo en pecado durante medio siglo de mentiras: el origen de mi fama residía en vulgar crimen pasional.

ESPOSA.— *(En un grito de agonía.)* ¡El disparo en la nuca se lo dio mi amante, el falangista!

MAESTRO.— Y la espichó. *(La ESPOSA dobla la cabeza y hace mutis sin cambiar la posición corporal.)* Pero para entonces ya no le importaba a nadie que mi vida fuera una estafa, porque la de ellos, que confiaron en las promesas de los políticos, también lo había sido. *(Suena música triste. La escena está vacía y la soledad del MAESTRO se acrecienta, hasta el dolor.)* Mi muerte perdió su eco y, con el silencio, pude gozosamente descansar para siempre, a salvo de la memoria, en el ámbito de lo oscuro. *(El MAESTRO se mete en la tumba y, con gran delicadeza, deja caer sobre él la lápida en la que pone: «Supermercado. Próxima apertura». Y el telón, lívido y ajado, cae moroso sobre la indiferencia.)*

A. M.

Personajes

ÁLVARO DE MAESTRE
PEPE
AMELIA MÁRQUEZ

ACTO ÚNICO

Una sala, algo desrealizada, en casa de ÁLVARO DE MAESTRE. Empieza la función en la actualidad, pero no se sabe en qué época termina. Los muebles y la utilería que se necesitan entran sin que nadie los pida. Una vez usados, desaparecen ingrávidos y misteriosos.

ÁLVARO.— ¿Diario ABC? Quiero saber lo que vale una necrológica (...) Del tamaño más grande (...) ¡Ah! ¿Y la mitad? (...) Gracias.

(Cuelga y mientras anota en una libretita, entra PEPE y se dirige al público. La mesita y el teléfono se desplazan hasta desaparecer.)

PEPE.— *(Al público.)* Hace dos siglos, en cualquier enciclopedia, podía buscarse «Álvaro de Maestre» y aparecían catorce páginas, las mismas que se le dedicaban a Shakespeare.

(ÁLVARO se vuelve a PEPE como si éste acabara de llegar.)

ÁLVARO.— Pepe, te he llamado porque estoy preparando mi muerte. La gente puede morir de cualquier manera. Álvaro de Maestre, no. Y cierra la boca, que pareces un espectador de circo.

PEPE.— ¿Tu muerte? ¿Estás enfermo?

ÁLVARO.— Calla, por Dios, no seas agorero.

PEPE.— Pero, entonces, ¿a qué te refieres?

ÁLVARO.— (*Grandilocuente.*) Debo dejar un muerto impecable.

PEPE.— ¿Has vuelto a beber?

ÁLVARO.— La semana pasada murió Paquito Sámano. ¿Y qué pasó?

PEPE.— Que lo enterraron, pobre.

ÁLVARO.— A eso voy. ¿Y cómo lo enterraron?

PEPE.— Estuviste allí. Aprovechaste el entierro para recitar un soneto de Miguel Hernández.

ÁLVARO.— ¿Es un reproche?

PEPE.— Álvaro, no me desesperes. ¿Para qué me has llamado?

ÁLVARO.— ¿Era Paquito un actor importante?

PEPE.— Uno de los más grandes.

ÁLVARO.— Yo soy el más grande.

PEPE.— Sí, bueno...

ÁLVARO.— Paquito hacía los papeles que yo rechazaba.

PEPE.— Y los que él no quería me los daban a mí, lo sé.

ÁLVARO.— (*Se ensimisma.*) Paquito tenía una voz herrumbrosa que limpiaba de cerumen los oídos. Tú la tienes de cristal. La mía es una campana tocando arrebató. Éramos los tres mosqueteros, Pepito; los más grandes, por orden, pero los más grandes. (*Volviendo en sí.*) Aunque a ninguno de vosotros dos le han puesto su nombre a un teatro.

PEPE.— Auditorio.

ÁLVARO.— Pero con mil butacas.

PEPE.— Sí, y tan al sur de Madrid que parece que esté al norte de Toledo.

ÁLVARO.— ¿Qué insinúas?

PEPE.— Que no va mucha gente.

ÁLVARO.— Está recién inaugurado.

PEPE.— En cuanto pongan un Corte Inglés al lado, arrasas.

ÁLVARO.— Pepe, no seas vulgar.

PEPE.— Y la programación...

ÁLVARO.— ¡Yo no tengo la culpa del mal gusto congénito de los españoles! Si la cultura española huele a ajo no es mi responsabilidad.

PEPE.— Alguna tendrás si eres el director del Teatro Nacional Clásico.

ÁLVARO.— Esa programación es modélica.

PEPE.— Minoritaria.

ÁLVARO.— Masa y cultura no son compatibles. Además, cuando la vida es fácil, la gente es más superficial.

PEPE.— Pues como autor sí tuviste éxito.

ÁLVARO.— Ahí cedí un poco. Madrid me achata y estrecha y yo pierdo las plumas de mis alas rebotando contra su angostura.

PEPE.— Bonito, pero no exime porque también escribes guiones de televisión...

ÁLVARO.— ¡Soy escritor de amplios registros!

PEPE.— ... y anuncias cava.

ÁLVARO.— ¡Pero fui director general!

PEPE.— Eso, mejor olvidarlo.

ÁLVARO.— ¿Por qué? Fui elegido por aclamación.

PEPE.— Te eligió el Partido. A dedo.

ÁLVARO.— Nunca milité en partido alguno.

PEPE.— No te hacía falta: trabajaste para todos. El poder y tú siempre habéis tenido buenas relaciones.

ÁLVARO.— ¡Cuidado con lo que insinúas! ¡Yo viví en la dictadura, no de la dictadura!

PEPE.— Y en la democracia vives de la democracia. Y siempre, muy bien vivido.

ÁLVARO.— Pepe, no te aúpes.

PEPE.— Y tú no te pongas numantino. Jamás has perdido la oportunidad de perder oportunidades.

ÁLVARO.— Pero sin carnet, siempre independiente.

PEPE.— Sí, claro, cobras del Partido, aceptas lo que el Partido dice, vas a donde el Partido quiere, ayudas con tus éxitos a que el Partido sea reelegido, pero eres «independiente» del Partido.

ÁLVARO.— No te he llamado para que me insultes.

PEPE.— No, me has llamado para insultarme tú, como siempre.

ÁLVARO.— ¿Qué quieres decir?

PEPE.— Nada.

ÁLVARO.— Tú también vas a traicionarme.

PEPE.— Ya salió...

ÁLVARO.— Me traicionan, Pepe, lo sabes. Se aprovechan de mí y después me traicionan.

PEPE.— Por eso te has vengado de todos ellos en tus memorias.

ÁLVARO.— Nunca me dijiste que no te gustó mi libro de memorias.

PEPE.— Te lo dije, pero sólo escuchas si son alabanzas.

ÁLVARO.— Pues ahora pongo toda mi atención. ¿Qué es lo que le reprochas a mis memorias?

PEPE.— El prólogo.

ÁLVARO.— Ah, sólo son dos páginas.

PEPE.— Y en ellas dices que no vas a atacar a nadie.

ÁLVARO.— Sí, ¿y qué?

PEPE.— Que a Pérez Souto le llamabas feroz, bárbaro, irracional, abyecto, hipócrita y cerril.

ÁLVARO.— Era un crítico.

PEPE.— Tú nunca hubieras insultado a un crítico.

ÁLVARO.— Bueno, ya no era crítico. Pero a ti te dejé bien.

PEPE.— Escribiste que mi mayor virtud es la de ser amigo tuyo.

ÁLVARO.— Eres un resentido. Como Paquito.

PEPE.— ¿Paquito? ¡Qué disparate! Paquito era...

ÁLVARO.— ¡Lo que fuese, pero yo soy más! ¡Y no quiero tener un entierro como el de él!

PEPE.— ¡Pero si fue un entierro magnífico, multitudinario. Portadas en los diarios, ministros...

ÁLVARO.— ¡Exacto!

PEPE.— Fue inmejorable.

ÁLVARO.— ¡Eso es! Inmejorable. Pero si yo soy más grande que él, lo quiero mejor, y si el suyo ha sido inmejorable, ya me dirás.

PEPE.— Tienes un ataque de celos.

ÁLVARO.— ¡Un ataque de dignidad! Un actor sin vanidad muere pronto: es como si le faltaran autodefensas.

PEPE.— Si fuera por eso, serías eterno.

ÁLVARO.— A mi entierro tiene que venir el Rey.

PEPE.— Vendrá, seguro.

ÁLVARO.— Y mi féretro lo llevará a hombros el Gobierno.

PEPE.— Son muchos diputados.

ÁLVARO.— Que me lleven los de la derecha y que se jodan por el peso.

PEPE.— Y hay ministras bajitas.

ÁLVARO.— ¿No quieren cuota? Pues que se pongan tacones.

PEPE.— Machista.

ÁLVARO.— (*Rectifica.*) Misógino. ¿Ha sonado el timbre de la puerta?

PEPE.— No.

ÁLVARO.— ¿Por dónde iba?

PEPE.— Por los ministros haciendo de costaleros y llevándote como un paso de Semana Santa.

ÁLVARO.— ¡No te burles de algo tan serio como el tránsito definitivo!

PEPE.— ¿Para qué me has llamado?

ÁLVARO.— Para que certifiques mi ansia de eternidad (*Repíte sin darse cuenta.*), eternidad, eternidad.

PEPE.— ¿Ansia de eternidad?

ÁLVARO.— Sí, ¿qué pasa?

PEPE.— Que no debiste hacer tanto a Calderón.

ÁLVARO.— Quiero un coro de plañideras, como en la antigua Grecia.

PEPE.— (*Siguiéndole la corriente.*) Eso es fácil, a todos los estudiantes de interpretación les enseñan a llorar.

ÁLVARO.— ¡No quiero estudiantes! ¡Los estudiantes me desprecian, dicen que soy un clásico, que no echo fluidos cuando recito y que se me entiende todo lo que digo!

PEPE.— Pues, entonces, no sé qué quieres de mí.

ÁLVARO.— ¿A cuántos viste llorar en el entierro de Paquito?

PEPE.— A su mujer.

ÁLVARO.— Ella tenía obligación de hacerlo.

PEPE.— No me fijé en otros.

ÁLVARO.— ¡Exacto! Si hubiera estado llorando, por ejemplo, Amelia Márquez, ¿la habrías visto?

PEPE.— Ella nunca va a los entierros.

ÁLVARO.— ¡Por eso te lo estoy diciendo! Quiero que sí esté en el mío y que lllore. Igual que tú.

PEPE.— ¿Cómo?

ÁLVARO.— Que llores, coño, que llores como Ulises al llegar a Itaca, como Lear ante la ingratitud, como el alcalde de Zalamea ante la violación de su hija...

PEPE.— Pero si tú siempre me has reprochado que no supiera llorar.

ÁLVARO.— Pues por eso te he llamado, para enseñarte de una puñetera vez, que a tu edad ya va siendo hora. Quiero que llores, pero sin mocos, que eso es una ordinariez ibérica.

PEPE.— Álvaro, te aprecio, pero esto es una locura.

ÁLVARO.— Es una grandeza, y en esta época de mediocres, todo lo excesivo tiene mala prensa. Sólo a los mediocres se les puede ocurrir que la brillantez es un defecto. «Eres demasiado brillante.» «Lástima que seas tan brillante.» Eso es lo que me han dicho algunos amigos.

PEPE.— Yo no.

ÁLVARO.— (*Sin escucharle.*) Cuando se escribe sobre mí, siempre se dice que soy brillante como los fuegos de artificio. Como soy valenciano, no puedo ser más que un cohete. Si fuera vasco me llamarían chupinazo. En nuestra sociedad, un buen titular vale más que diez razones que lo desmientan. «Álvaro de Maestre, brillantez deslumbrante y fugaz.» Me recuerda el verso de Cervantes «fuese y no hubo nada». Por su culpa tengo complejo de brillante, y para evitarlo casi he adelgazado mi personalidad hasta la sombra del vacío.

PEPE.— Difícil.

ÁLVARO.— Ya no intervengo en las tertulias, ni doy conferencias. Y también eso se me reprocha, porque se interpretan mis silencios como una estrategia para sobresalir del ruido. Y un malnacido llegó a decir que si hablaba poco era porque no tenía nada que decir. Aquí siempre nos coge el toro. Pero es que yo quiero ser brillante. Un hombre brillante, pero sencillo.

PEPE.— Tú no eres un hombre, eres un acontecimiento.

ÁLVARO.— El peligro de la brillantez es que ciegue sin alumbrar. Por eso, ahora, si hablo, me obsesiona decir cosas profundas, aderezadas con frases de autoridades ilustres y un vocabulario lleno de contenido semántico.

PEPE.— (*Sabiendo que no le escucha.*) Mal remedio, porque la pedantería acecha.

ÁLVARO.— ¿Qué puedo hacer? (*Sin esperar contestación.*) A mi edad ya nada. Estoy forjado a fuego de años. Sólo me queda morirme (*Repite.*), sólo me queda morirme, sólo me queda morirme, pero me aterra la imagen de los críticos ante mi tumba, cabeceando displicentes, mientras comentan en voz baja: «¡Ya no sabe cómo destacar!».

PEPE.— Si la prensa ha tratado con mucho cariño a Paquito, a ti más.

ÁLVARO.— No, lo que han dicho de Paquito ha sido una perversa condescendencia: «¡Qué bueno era!».

«¡Qué dulce!» Como si hablaran de los pastelillos de Santa Engracia. Por eso no quiero improvisaciones. He llamado a Ceferino Unzueta.

PEPE.— ¿El escultor?

ÁLVARO.— ¿Es que conoces a otro que tenga un nombre tan ridículo y paronomástico? Quiero que me haga la máscara mortuoria.

PEPE.— Eres muy previsor.

ÁLVARO.— Quiero que me la haga ahora.

PEPE.— ¿Ahora?

ÁLVARO.— No me la van a hacer cuando esté muerto.

PEPE.— ¡Hombre, si es mortuoria!

ÁLVARO.— Y si estoy difunto, ¿cómo la rectifico si no me gusta?

PEPE.— Alvarito...

ÁLVARO.— Y nada de crucifijos en mi féretro. Si la Iglesia quiere poner su logotipo, que lo pague.

PEPE.— Desvarías.

ÁLVARO.— (*Sin escuchar.*) Y quiero estar informado en todo momento de quienes estén enfermos. No quiero estrenos simultáneos que dividan la atención. Un director coordina. Yo soy director, pues coordino. Y coordino previsoramente todas las posibilidades de que mi entierro sea un modelo de despedida. Un fognazo que inunde de luz inolvidable el vacío de nuestras retinas, fatigadas por los rutinarios *requiéscent in pace*. Yo hago un *carpe diem* del *alea iacta est*, porque los que *morituri* os vamos a hacer una higa desde *ab aeterno*. Soy profundo, Pepe.

PEPE.— En latín, cualquiera.

ÁLVARO.— Por eso lo digo. ¿Crees que soy un cohete?

PEPE.— No: eres un tumulto.

ÁLVARO.— Soy previsor. Por eso estás aquí. Como Sancho, como Fígaro, como Ciuti, como Bucéfalo...

PEPE.— ¿Bucéfalo no era...?

ÁLVARO.— El fiel caballo de Alejandro Magno.

PEPE.— Caramba, Álvaro, compararme con un caballo...

ÁLVARO.— Son ejemplos de fidelidad. Bucéfalo y Babieca, nobles brutos.

PEPE.— No lo arregles, que me veo relinchando.

ÁLVARO.— Nunca estás contento con los papeles que te reparto.

PEPE.— Babieca era el caballo del Cid, ¿no? Se me desperdiga el bachillerato. ¿A ti no te pasa?

ÁLVARO.— No, nunca, casi nunca, bueno, a veces, por eso llevo una libretita.

(*La enseña.*)

PEPE.– ¿Qué has apuntado hoy?

ÁLVARO.– (*Leyendo.*) Pepe.

PEPE.– (*Indignado.*) ¿No te acordabas de cómo me llamo?

ÁLVARO.– No, hombre, no, bueno, quiero decir que sí, o sea, que lo apunté porque he hecho una lista. Son las personas a quienes he llamado para ensayar mi entierro.

PEPE.– Léeme los nombres de esa lista.

ÁLVARO.– (*Leyendo.*) Álvaro de Maestre.

PEPE.– ¡Pero ése eres tú!

ÁLVARO.– En cuestión de listas, no transijo o voy el primero o no voy.

PEPE.– A continuación va mi nombre, ¿no?

ÁLVARO.– Casi.

PEPE.– ¿Cómo que casi?

ÁLVARO.– Tú has llegado el primero, ¿no?

PEPE.– Me voy.

ÁLVARO.– Pero ¿por qué?

PEPE.– ¡No soy un telonero!

ÁLVARO.– Pepito, siéntate y no seas revoltoso. Vas el segundo, sexualmente el segundo.

PEPE.– Pero ¿cómo?, ¿sexualmente?

ÁLVARO.– Hombres y mujeres, caramba, que te lo tengo que explicar todo, como cuando te dirijo en un Calderón.

PEPE.– En el orden general, ¿qué puesto ocupo?

ÁLVARO.– El tercero.

PEPE.– Como siempre. ¿Y la segunda es...?

ÁLVARO.– Amelia.

PEPE.– ¿Has llamado a Amelia?

ÁLVARO.– Pues creo que sí, su nombre está apuntado.

PEPE.– No os habláis, sois enemigos.

ÁLVARO.– ¡Precisamente! Si viene a mi entierro y llora, todos dirán que siempre me quiso.

PEPE.– ¡Qué obsesión con el llanto!

ÁLVARO.– No desprecies lo que eres incapaz de hacer. ¡Venga!

PEPE.– Venga ¿qué?

ÁLVARO.– Que llores. Primero, la memoria sensorial. (*PEPE mira la hora.*)
¿Tienes algo mejor que hacer?

PEPE.— Mañana madrugo.

ÁLVARO.— ¿Madrugas? ¡Ah, claro, los de televisión madrugáis! Es pronto. Vamos a ello. Imagínate: la Orquesta Nacional interpreta el *Réquiem* de Mozart. (*Lo tararea.*) Eso para el oído. Ahora el olfato: flores, muchas. Y ninguna vulgar: orquídeas, adelfas y, sobre todo, prímulas.

PEPE.— ¿Y si no son de temporada?

ÁLVARO.— ¡Las he recibido de todo el mundo! ¡Concéntrate! Ramos, tirsos, pomos, canastillas, búcaros y guirnaldas. Coronas no quiero ni una, que parecen de muerto. Las deshojas y me alfombras la alfombra de pétalos, que al ser pisados esparcirán su olor. El olfato ya está cumplido: denso, pero no empalagoso, enramando el patio de butacas del Teatro Nacional, donde está expuesto tu mejor amigo.

PEPE.— Parece que lo huelo.

ÁLVARO.— Pepe, nada de ironías macabras.

PEPE.— Vayamos al tacto.

ÁLVARO.— Terciopelo.

PEPE.— ¿Dónde?

ÁLVARO.— En las butacas. Se tapizarán para la ocasión.

PEPE.— ¿Darán torrijas? Lo digo por lo del gusto. Eso sí me motivaría.

ÁLVARO.— ¡Cómo se nota que has nacido en Madrid!

PEPE.— Mis padres vinieron aquí de gira.

ÁLVARO.— ¡No es excusa!

PEPE.— Álvaro, no sé llorar.

ÁLVARO.— Por un amigo como yo, se llora. Y mucho. Imagínate durante toda la noche de la vela llorando.

PEPE.— ¿Toda la noche?

ÁLVARO.— ¡Toda! ¡No te vas a ir dejando mi cuerpo como en consigna! Tú, allí, motivado por el luto. Piensa en lo solo que te vas a quedar.

PEPE.— Eso me anima, porque si Paquito y tú ya no estáis, subo en el escalafón, a primer actor del país.

ÁLVARO.— Sin nadie con quien medirte no hay gloria.

PEPE.— Tienes razón.

ÁLVARO.— Emociones: soledad, vacío, tristeza... Se acabaron las charlas de madrugada, el ligar con las secundarias...

PEPE.— Seguiré ligando, si puedo: no voy a ser tu viuda. Pero no sufras, Amelia sí te guardará luto.

ÁLVARO.— De ella sólo espero que finja, convincentemente, un llanto desconsolado. Lo que haga antes o después se me da un comino.

PEPE.— Aún te duele, ¿eh?

ÁLVARO.— ¡Me rechazó un papel!

PEPE.— Claro, le ofreciste la Celestina

ÁLVARO.— Ya tenía edad para hacerla.

PEPE.— Por eso.

ÁLVARO.— Estaba ridícula haciendo jovencitas a sus cincuenta años.

PEPE.— Aparentaba menos: se había operado.

ÁLVARO.— Tres veces.

PEPE.— Su público la adoraba.

ÁLVARO.— Eso era lo más irritante.

PEPE.— No te entiendo.

ÁLVARO.— Que se lo disculpasen todo, estuviera bien o mal.

PEPE.— Ah, ya comprendo: celos otra vez.

ÁLVARO.— ¡No son celos! A mí, el público me admira.

PEPE.— Celos.

ÁLVARO.— ¡Me respeta!

PEPE.— Pero no te adora.

ÁLVARO.— Me exige ser perfecto.

PEPE.— Pero no te adora.

ÁLVARO.— Ella lo ha tenido siempre todo muy fácil. Triunfó a los quince años.

PEPE.— A esa edad, tú tuviste tu primer fracaso.

ÁLVARO.— Y he tenido que triunfar muchas veces para que lo olvidaran.

PEPE.— ¿Os separasteis por eso?

ÁLVARO.— Era una situación insoportable. Cuando yo salía a saludar, el público me gritaba «bravo», pero cuando salía ella decían: «Cariño, te queremos».

PEPE.— Porque eres perfecto.

ÁLVARO.— ¿Sí?

PEPE.— Claro, la perfección impresiona. Uno recorre miles de kilómetros para ver la Victoria de Samotracia, pero no la pondría en el salón de su casa.

ÁLVARO.— Cuando yo triunfaba, ella ardía en deseos de que le hiciera el amor. Y si la que triunfaba era ella, era a mí al que le entraban deseos de poseerla

PEPE.— Compensaciones. Si el premio no os lo daban, poseáis al que lo había recibido. Un robo con el escaló en la mentira del amor.

ÁLVARO.— A ella le llaman «la Márquez», pero a mí no me llaman «el de Maestre».

PEPE.— Porque parecerías un torero. Cuando te estires un poco los pellejos, te querrán más. No porque estés mejor, sino porque sabrán que envejeces como cualquier ser humano.

ÁLVARO.— No pienso operarme. Es patético. Ni tampoco quiero ser humano; quiero ser divino.

PEPE.— Desvarías otra vez.

ÁLVARO.— ¡Claro! La locura es grandeza. A mí, la locura me exalta, me eleva de la rutina.

PEPE.— Y te hace desgraciado.

ÁLVARO.— Nadie es feliz; mejor loco y ambicioso, que cuerdo y doméstico. Nosotros debemos ser infelices, Pepe. Debemos ambicionar más de lo que podemos conseguir. ¿Qué es un actor sin ambición? ¡Un secundario! ¿Han llamado a la puerta?

PEPE.— ¿Qué?

ÁLVARO.— ¡Han llamado!

PEPE.— Bueno, sí, ¿y qué?

ÁLVARO.— Es ella. Amelia. Ha venido.

PEPE.— No creí que lo hiciera.

ÁLVARO.— ¿Cómo no iba a venir? Abre.

PEPE.— ¿Qué le dijiste?

ÁLVARO.— Que me estaba muriendo.

PEPE.— No me extraña que haya venido.

ÁLVARO.— No, si no quiso venir. Dijo que la muerte es algo privado que no necesita compañía. Abre.

PEPE.— Entonces ¿por qué ha venido?

ÁLVARO.— Porque le dije que antes de morir quería montar *Casa de muñecas* con ella en el papel de Nora.

PEPE.— ¡Ah! ¿No sabía que ibas...?

ÁLVARO.— ¡Pareces bobo, Pepe! ¡Claro que no voy a montar la obra de Ibsen! Y menos con Amelia de jovencita de veinte años. ¡Abre de una vez!

PEPE.— ¡Abre tú! Es tu casa, es tu ex mujer, es tu funeral.

ÁLVARO.— Yo no puedo abrir.

PEPE.— ¿Por qué?

ÁLVARO.— Porque..., ¡porque estoy privado!

(Se desmaya en un sillón. Entra AMELIA y se dirige al público.)

AMELIA.— Hace dos siglos, en cualquier enciclopedia, podía buscarse «Álvaro de Maestre» y aparecían catorce páginas, las mismas que se le dedicaban a Shakespeare. Cien años después su biografía no ocupaba más de cuatro líneas.

(PEPE y AMELIA se abrazan.)

PEPE.— ¡Amelia! ¡Estás como siempre!

AMELIA.— No, estoy mejor.

PEPE.— Ya sé que has tenido mucho éxito en Barcelona.

AMELIA.— Lo normal, ya sabes. El teatro a rebosar, reventa, colas, lo normal.

PEPE.— Pues es una plaza difícil.

AMELIA.— ¿Tú sigues haciendo...?

PEPE.— Sí, hemos firmado trece capítulos más.

AMELIA.— La serie es muy... emotiva.

PEPE.— ¿Te gusta?

AMELIA.— Si viera la televisión, seguro que me gustaría.

(ÁLVARO les mira de reojo, sorprendido de que no le hagan caso.)

PEPE.— Por cierto, enhorabuena por el premio nacional.

AMELIA.— Ya es la tercera vez que me lo dan. Gracias por el telegrama.

PEPE.— Y las flores, ¿te llegaron?

AMELIA.— Sí, primulas. Eres adorable. *(ÁLVARO rezonga.)* ¿Qué le pasa a ése?

PEPE.— Se quedó dormido.

AMELIA.— ¿Mientras hablaba contigo?

PEPE.— Sí.

AMELIA.— Pepito, ¿cuándo dejarás de consentírselo todo?

PEPE.— Mujer, si hay amistad...

AMELIA.— Pues por eso lo digo. Si fuera tu amigo, no te usaría como somnífero.

PEPE.— Ya vuelve en sí.

AMELIA.— Él es posible, pero su mente sigue durmiendo.

ÁLVARO.— ¡Ya lo tengo!

(ÁLVARO se levanta y el sillón desaparece.)

AMELIA.— ¿Dormías?

ÁLVARO.— Reflexionaba.

AMELIA.— ¿Cuándo estrenamos?

ÁLVARO.— Dame un respiro.

PEPE.— Yo me voy.

AMELIA.— Tú te quedas: quiero testigos. (Se sienta en una silla.) ¿Me puedo sentar?

ÁLVARO.— Perdona. ¿Quieres tomar algo?

AMELIA.— Lo que le hayas ofrecido a Pepe.

ÁLVARO.— No le he ofrecido nada.

AMELIA.— Lo suponía. Té para los dos. Con pastas de jengibre. Muchas. Y azúcar de caña.

ÁLVARO.— Amelia...

AMELIA.— No vas a montar *Casa de muñecas*.

ÁLVARO.— ¿Cómo lo sabes?

AMELIA.— Tienes cara de montar *Titus Andrónicus*.

ÁLVARO.— Verás...

AMELIA.— ¿Tengo o no razón?

ÁLVARO.— No, no la tienes, pero...

AMELIA.— Entonces es otro Calderón.

ÁLVARO.— ¿Y qué, si lo fuese?

AMELIA.— Que ya pareces su coetáneo. Estás envejeciendo mal.

ÁLVARO.— Pero a mí no se me olvida el texto.

PEPE.— ¡Álvaro!

AMELIA.— Tiene razón. Se me olvidan las cosas. He olvidado, por ejemplo, que he dejado de quererte. Gracias por recordármelo.

(Se levanta y la silla desaparece.)

ÁLVARO.— Amelia, lo siento.
AMELIA.— ¡Pepe, nos vamos!
PEPE.— Como quieras, Amelia.
ÁLVARO.— ¡Calzonazos!
AMELIA.— No pienso perdonarte esta burla.
ÁLVARO.— Nunca me has perdonado nada.
AMELIA.— Porque no dejabas de ofenderme.
ÁLVARO.— Tú tampoco eras una santa.
AMELIA.— ¿Por qué dices eso?
ÁLVARO.— Cuéntaselo tú, Pepe.
PEPE.— ¿Yo?
AMELIA.— ¿Él?
ÁLVARO.— ¿Qué pasa?
AMELIA.— ¿Es que lo sabías?
ÁLVARO.— Saber ¿qué?
PEPE.— Amelia, no creo...
ÁLVARO.— ¿Qué es lo que tendría que saber y no sé?
AMELIA.— ¡Lo nuestro!
ÁLVARO.— ¿Lo tuyo y lo mío?
AMELIA.— No, lo mío y lo de Pepe.
ÁLVARO.— ¿Pepe?
PEPE.— Oye, ¿qué pasa? Amelia y tú ya os habíais separado.
ÁLVARO.— Aun así, estoy muy ofendido.
PEPE.— Pero ¿por qué?
ÁLVARO.— Porque..., porque yo creía que de quien estabas enamorado era de mí.
PEPE.— ¿Pero es que tú...?
ÁLVARO.— No, yo no, pero me halagaba que tú sí.
AMELIA.— Eso fue lo que nos separó. Tu vanidad, tu egoísmo.
ÁLVARO.— Tú no eras precisamente humilde.
AMELIA.— Tenía dignidad. Si tú subías un peldaño, yo dos.
ÁLVARO.— O sea, que no te importaba ser la mejor, sino ser mejor que yo.
AMELIA.— Y no fue difícil conseguirlo.
ÁLVARO.— No hacías lo que tú querías, sino lo que no quería yo.
AMELIA.— No sé lo que has dicho.
ÁLVARO.— Que tu vida ha sido un engaño.

PEPE.— Te estás pasando, Álvaro.

ÁLVARO.— ¿La defiendes, Babioca?

PEPE.— Pues sí. ¿Qué pasa?

ÁLVARO.— Entonces debes saber toda la verdad.

AMELIA.— ¿Qué verdad?

ÁLVARO.— La verdad de tu mentira. Empezando por el nombre.

AMELIA.— ¡No quiero oírlo!

ÁLVARO.— No se llama Amelia, sino María Angustias.

AMELIA.— ¡Lo ha dicho!

ÁLVARO.— María Angustias Márquez i Gibert. Con «i» latina.

AMELIA.— ¡Ah! Eso es lo que te molesta, la «i» latina; pero si tú te ponías la «de», castellana, ¿por qué yo no la «i» catalana?

ÁLVARO.— Pues porque nuestras hijas se llaman Alfonsina y Montserrat de Maestre Márquez i Gibert, que parece que sean seis. Y así están, llenas de complejo heráldico.

AMELIA.— A las niñas ni las menciones. Nunca te interesaron. Jamás fuiste a los estrenos de Alfonsina.

ÁLVARO.— Eran alternativos y no soportaba verla desnuda, gritando textos absurdos y salpicando al público con vísceras de cabra.

AMELIA.— ¿Y las exposiciones de Montse?

ÁLVARO.— Exponía cuadros mojados y decía que era minimalismo conceptual atmosférico.

AMELIA.— ¡Pues ellas iban a verte cuando representabas a Calderón y tampoco entendían nada!

ÁLVARO.— ¡Porque tú no eras capaz de explicárselo!

AMELIA.— (A PEPE.) ¿Me ha llamado para insultarme?

ÁLVARO.— No, te he llamado porque quiero que me ayudes a preparar mis funerales con tiempo. Muero ergo sum.

(AMELIA mira a PEPE, quien cabecea, afirmando.)

PEPE.— Lo dice en serio.

AMELIA.— ¿Está enfermo?

PEPE.— No.

AMELIA.— ¡Entonces es que se ha vuelto loco!

PEPE.— (*Antes de que ÁLVARO intervenga.*) La locura es grandeza. Te lo resumo yo porque él lo cuenta más largo.

ÁLVARO.— Sentaos, tenemos que hablar.

AMELIA.— No hay sillas.

PEPE.— No hay muebles, Álvaro.

AMELIA.— Fíjate bien, no hay nada.

ÁLVARO.— ¡Pues si no hay nada, para qué voy a mirar!

PEPE.— (*A AMELIA.*) No quiere, Amelia.

AMELIA.— (*A PEPE.*) ¡Pero tiene que querer!

ÁLVARO.— ¿Queréis dejar de hablar delante de mí como si yo no estuviera!

AMELIA.— Ni delante ni detrás, ni de cerca ni de lejos.

ÁLVARO.— Ni arriba ni abajo, ni dentro ni fuera. Deja ya de ponerte situacionista, Amelia.

AMELIA.— Por lo visto, aquí el único que puede ser pedante eres tú.

PEPE.— ¡Uy!

ÁLVARO.— ¿Pedante?

AMELIA.— ¿Vas a sorprenderte ahora de algo que todo el mundo dice de ti?

ÁLVARO.— No pueden llamarme pedante, porque también me llaman brillante, y eso es una cacofonía espantable. Pedante y brillante, ya sólo faltaría que añadieran intrigante.

AMELIA.— (*Al mismo tiempo que PEPE.*) Lo añaden.

PEPE.— (*Al mismo tiempo que AMELIA.*) Lo añaden.

ÁLVARO.— Esos añadidores, ¿no cuentan los gentilicios?

PEPE.— ¿Qué?

AMELIA.— (*Alarmada.*) ¡Álvaro, ni una palabra más!

ÁLVARO.— ¿Por qué no, si soy un intrigante pedante y brillante?

PEPE.— ¿Pero de qué habláis?

ÁLVARO.— De los nacidos en Bollullos de la Mitación, Sevilla, de eso hablamos.

PEPE.— ¿No eres catalana?

ÁLVARO.— Le hubiera gustado, «oh los catalanes son otra cosa», «más cultos», «vade retro castellanufo», «muy europeos, con su estatuto aupando todo lo suyo y despreciando lo demás».

PEPE.— ¿Y por qué lo ocultaste? Uno no elige dónde nacer.

ÁLVARO.— Pero ¿cómo iba a hacer tragedia siendo de Bollullos de la Mitación?

AMELIA.— ¡Esto no te lo perdono!

ÁLVARO.— Y los de Bollullos, tampoco. Sobre todo desde que hiciste desaparecer tu partida de nacimiento.

PEPE.— Pero ¿qué tiene que ver?

ÁLVARO.— ¿Te imaginas? Amelia Montserrat Márquez i Gibert no ha nacido en Vilanova i la Geltrú, ella es andaluza, mestiza y se llama María Angustias. Con esos antecedentes, ¿la hubieran apoyado los catalanes, con lo suyos que están?

AMELIA.— Vale, tú ganas. Pronto comprenderás que no importa dónde se nace, ni dónde se muere.

PEPE.— Amelia, no sigas.

AMELIA.— ¡Pero es que no se da cuenta!

PEPE.— Sí, lo sé. Pero...

ÁLVARO.— ¿Otra vez hablando conmigo sin mí? ¡Sois insoportables! Marchaos y dejadme sólo organizando mis funerales... (*repite*), mis funerales, mis funerales. (*Se da cuenta.*) Pero ¿qué me pasa?

AMELIA.— Álvaro...

ÁLVARO.— Puedo organizarlo todo sin vosotros.

AMELIA.— (*Con dulzura.*) Lo que nos mantiene vivos no es la vida, sino la insatisfacción.

ÁLVARO.— ¿A qué viene eso?

AMELIA.— Que hace tiempo que has perdido la curiosidad.

ÁLVARO.— No es cierto.

AMELIA.— Te has hecho mayor y estás quejumbroso.

PEPE.— Amelia...

AMELIA.— Si organizas tu funeral, es porque te sientes muerto.

PEPE.— Amelia, aún no es el momento. No está preparado.

ÁLVARO.— ¿No es el momento de qué? ¿No estoy preparado para qué?

AMELIA.— (*Con ternura.*) Lo siento, Álvaro.

PEPE.— Sabemos que la muerte de Paquito te ha afectado mucho, pero toda esa farsa del entierro no oculta tus sentimientos. Tienes miedo.

ÁLVARO.— ¡No tengo miedo!

AMELIA.— Se te mueren los que tienen la misma que edad que tú...

ÁLVARO.— (*Angustiado.*) ¡No tengo miedo!

PEPE.— ... y por primera vez la muerte ha dejado de ser literaria.

ÁLVARO.— (*En un sollozo.*) ¡No tengo miedo!

AMELIA.— (*A PEPE.*) Te dejo con él. Yo le pongo más nervioso.

(*AMELIA hace mutis hacia la luz.*)

ÁLVARO.— Que se mueran los amigos te desmigaja un poco. ¡Pobre Paquito!

PEPE.— A todos nos cuesta mucho comprenderlo. Los hay que tardan siglos y siguen a sus cosas, haciendo planes, como si aún estuvieran allí.

ÁLVARO.— ¿Allí? ¿Allí, dónde?

PEPE.— Pero no están allí. No lo están. No lo estás. No lo estamos.

ÁLVARO.— ¿Quieres decir que...?

PEPE.— Que ya no estás, Alvarito, que es el tercer acto y no hay saludo.

(*ÁLVARO mira a su alrededor. Ya su casa es un vacío. Se serena.*)

ÁLVARO.— O sea, que esto es...

PEPE.— Nadie se lo imagina así.

ÁLVARO.— Y Amelia, ¿adónde ha ido?

PEPE.— Supongo que a retocarse el maquillaje.

ÁLVARO.— Esa mujer no cambia ni aquí.

PEPE.— Te provocaba para que admitieras lo que eres.

ÁLVARO.— Somos lo que somos: puro oxímoron. Una cosa y su contraria.

Bueno, sólo de una cosa no tenemos la contraria: para la vanidad no hay antídoto.

PEPE.— Aquí, sí. Aquí nos despojan enseguida de vanidades. Bueno, contigo tardarán más.

ÁLVARO.— Quiero saludar a Pérez Souto y pedirle perdón por lo que dije de él en mis memorias.

PEPE.— Antes deberías leer lo que escribió de ti en las tuyas.

ÁLVARO.— ¿Cómo fue lo mío?

PEPE.— Hombre...

ÁLVARO.— ¿Vino el Rey a mi entierro?

PEPE.— Había república, Álvaro.

ÁLVARO.— ¡Ah! ¡Vaya! ¡Cayó la Monarquía! En fin, yo siempre fui republicano.

PEPE.— Y suscrito al *ABC*.

ÁLVARO.— Por los obituarios: son muy completos. Pero el entierro, ¿cómo fue?

PEPE.— Es que... no lo hubo.

ÁLVARO.— ¡No me digas que la República lo prohibió! ¡Habría algaradas de protesta en las calles!

PEPE.— Desapareciste en el mar.

ÁLVARO.— ¿Mis cenizas las arrojaron al mar?

PEPE.— No, todo tú. En un crucero por las islas griegas, una tormenta...

ÁLVARO.— ¡No fastidies! O sea, que el entierro...

PEPE.— De trámite.

ÁLVARO.— ¿Y la prensa?

PEPE.— Algún suelto.

ÁLVARO.— Pero ¿cómo es posible?

PEPE.— Te habían olvidado. Bueno, un poco, y como contigo se ahogó un famoso cantante de rock, él se llevó todo el interés.

ÁLVARO.— ¿Y tú?

PEPE.— ¿Yo, qué? ¡Ah! Estaba demasiado solo.

ÁLVARO.— No irás a decir que...

PEPE.— Sí, me suicidé. Me han echado una bronca, no creas. Pero aquí estas cosas... Mientras no hagas daño a nadie, venial.

ÁLVARO.— ¿Fue traumático?

PEPE.— No. Era diabético y busqué una muerte decorosa, comiéndome siete docenas de bizcochitos de Santa Adelaida. Me fui del mundo convencido de que iría a otro mejor, y sin castigo por el suicidio, porque el instrumento de mi muerte había sido fabricado por las manos santas de las monjas oblatas del Divino Rebombori.

ÁLVARO.— Pepe, tengo que preguntártelo. ¿Lo hiciste?

PEPE.— Ya te he dicho que sí.

ÁLVARO.— No, me refiero a..., ya sabes.

PEPE.— No te comprendo.

ÁLVARO.— ¡Que sí me lloraste!

PEPE.— ¡Ah, sí! ¡Lagrimones como diamantes. Lloré como Ulises al llegar a Ítaca, como Lear ante la ingratitud, como el alcalde de Zalamea ante la violación de su hija...

ÁLVARO.— ¿Aquí te dejan mentir?

(Entra AMELIA. Se abrazan.)

ÁLVARO.— ¿Qué fue de las niñas?

AMELIA.— Triunfaron.

ÁLVARO.— Me alegro.

AMELIA.— Abandonaron el teatro al morir tú y triunfaron en el mundo de los negocios.

ÁLVARO.— ¿Y Paquito? Estará aquí, ¿no?, porque era un turrón.

PEPE.— Nos está esperando. Él tiene su propia tertulia.

ÁLVARO.— Pues vamos. Tú primero, Amelia.

AMELIA.— Como siempre.

(Ríen. Mientras PEPE y AMELIA salen, ÁLVARO se dirige al público.)

ÁLVARO.— Hace dos siglos, en cualquier enciclopedia, podía buscarse «Álvaro de Maestre» y aparecían catorce páginas. Cien años después su biografía no ocupaba más de cuatro líneas. Más tarde no aparecía más que en algún diccionario del espectáculo. Actualmente, nadie sabe quién era Álvaro de Maestre. A Shakespeare le siguen dedicando catorce páginas. *Sic transit, gloria mundi*. Latín, no lo puedo evitar.

(Saluda y hace un mutis glorioso; nunca mejor dicho.)

TELÓN CELESTE

Madrid, 25 de enero de 2002

PATERA. RÉQUIEM

Personajes

MADRE

NIÑO

MORO

SUBMARINISTA

GUARDIA CIVIL

ARTISTA

INTELECTUAL ACOMPLEJADO

CIUDADANO MEDIO

METEORÓLOGO

LA SITUACIÓN INSOSTENIBLE

NOVIA BLANCA

NOVIO BLANCO

La Luna escarcha de luz azul una patera a la deriva. Es una vergüenza una estética tan sutil.

Para los que no soporten el horror de la actualidad, tan escasamente armonioso, se sugiere cambiar la patera por «La balsa de Medusa», de Géricault. El arte nos eleva, pero, desgraciadamente, no es por mucho tiempo, porque la realidad nos desciende. Por eso se expone en museos cerrados.

Música vibrante del «Réquiem» de Verdi (Dies irae).

La intención musical debe ser una progresiva fusión entre la música religiosa cristiana y la árabe.

MADRE.— Mi hijo ha nacido en el mar.
Su piel apenas esconde
la orografía de sus huesos.
Mide 40 centímetros y pesa un kilo con ochenta gramos;
éramos 24, sólo quedamos tres.
Pronto no quedará ninguno.

NIÑO.— No te lo reproches, madre:
así he dejado de empezar a sufrir.

MADRE.— No puedo desnacerte,
mi niño de ébano
y quisiera desmorirte,
oyendo la voz del almuédano.

NIÑO.— No quiero nacer, madre,
no quiero;
déjame ser mudo, sordo y ciego,
que no quiero ver ni coger el miedo.

MADRE.— ¡Qué ancha es el agua!
¡Qué profunda debe de ser!
y yo no sé nadar.

(La tormenta arrecia.)

MORO.— Rezo a mi dios sin imagen.
Aláh ak-bar, Alá ak-bar¹.
Ya se han visto tiburones en estas aguas.
Antes no había tiburones.
Pero ellos van a donde hay comida.
Y nosotros, que buscamos comida,
somos su comida.
Aláh ak-bar, Alá ak-bar.

(Como el ojo maligno de un cíclope, un foco rastrea el agua. Se oye un helicóptero con su zumbido rasgado. La voz, distorsionada por un megáfono, parece escupir frases inconexas.)

MEGÁFONO.— No intenten alto huir bote al paio
detenidos repetimos no huir quietos
quietos no no interceptados
Resistencia, no, no

(La voz se aleja y con ella el ruido del helicóptero.)

SUBMARINISTA.— Pertenezco al Grupo Especial
de Actividades Subacuáticas

¹ ‘Dios es grande’

de la Guardia Civil.
Recupero muertos en el fondo del mar.
Hago mi trabajo y procuro hacerlo bien.
Pero cuanto mejor lo hago, más cadáveres recupero.

NIÑO.— Patera sólo tiene tres sílabas
pero, a veces, caben más,
y todos llegan muertos.

MORO.— Inmigrantes, indocumentados, ilegales
inadmitidos, pateros, moros y negratas.
Pero yo me llamo mucho más:
Alí.

GUARDIA CIVIL.— Vigilo las costas. Estas costas de luz,
faro engañoso para los que vienen
con los ojos abiertos, y son cegados
por el destello.
Se juegan la vida y muchos mueren.
Yo hago mi trabajo y procuro hacerlo bien.
Pero me siento mal deteniendo a los que llegan a la meta.
Porque han vencido en la carrera del agua,
pero han perdido en la lucha por la vida.
Dejad de venir:
No quiero ser el límite de vuestras ilusiones.
No quiero ser el sepulturero de vuestra tumba líquida.
No quiero deciros adiós, antes de que lleguéis.

(Se oyen los tambores ensoñados de un ritual.)

MADRE.— Con los nombres que os damos
se podrían hacer canciones:
«Camerún, Sierra Leona,
Nigeria, Mali, Angola.»
Los nombres a donde vamos
nos parecen oraciones.

ARTISTA.— Veo arte donde hay horror.
Es mi castigo.
Los artistas somos así:
denunciamos el horror
y eso nos hace famosos.
Aquí todos nos beneficiamos de ellos,
menos ellos.
Los negros hacen artesanía,
no son un peligro para mí,
que soy artista.

(La voz del ARTISTA queda de fondo repitiendo soy artista, soy artista...)

NIÑO.— No es que estemos mal hechos para esta clase de vida
Es esta clase vida la que no debería hacerse para nadie.

INT. ACOMPLEJADO.— Como intelectual,
veo el tema muy complejo.
Yo no soy racista. Ni xenófobo.
No creo en fronteras.
Pero vienen a cientos,
vienen a miles
y no estamos preparados.
El tema es muy complejo.

(La voz del INTELECTUAL se contrapuntea con la del ARTISTA, repitiendo «el tema es muy complejo», «el tema es muy complejo»...)

NIÑO.— Sois ricos porque nosotros pudimos serlo.
Os llevasteis lo que ahora venimos a buscar.

ARTISTA.— El número de muertos debe ser proporcional
a la ambición del arte que inspira.
Hacer arte sobre menos de un millón de muertos,
es una mediocridad.

- METEÓROLOGO.— Habrá lluvia intermitente,
en las Azores, anticiclón;
la luna, ya saben, creciente:
báñense con precaución.
- CIUDADANO MEDIO.— Soy un hombre normal,
blanco, eso sí.
El problema no lo denunció yo
que nada sé.
Lo dicen los políticos y la prensa.
O sea, todos.
Hechos: el 74% de los encarcelados son extranjeros.
Si lo dicen ellos, que sí saben,
será porque es verdad.
Vienen en oleadas.
Primero cien, después mil
y luego más. Y otra vez.
Y éstos llaman a aquéllos.
Son demasiados.
Y los que vienen aquí
son los que rechaza su país.
Con ellos aumenta la inseguridad,
hay más prostitución,
más barata y sin higiene.
Y suciedad en las calles.
Se crean barrios marginales.
Malviven.
Nos quitan oportunidades
Ellos se llevan el presupuesto
que nosotros necesitamos
porque vienen sin educación
y hay que dársela.
Porque vienen sin salud
y hay que dársela.
Pero no se integran
y destruyen nuestras costumbres.
Yo ya he visto chinos negros.

MORO.— Llegamos los mejores,
los que se han atrevido a rechazar su injusta situación,
los que se han atrevido a jugarse la vida por mejorarla,
los que más resistimos.
Somos sangre nueva,
la sangre nueva que necesita el viejo continente.
Es sangre que se derramará,
lo sé.
Pero la que quede será suficiente.

MADRE.— Nadie dice que cuidamos ancianas,
que recogemos aceitunas,
que pagamos impuestos...
si nos dan seguridad social.

INTELECTUAL.— Somos hijos de Caín,
no porque matemos a nuestros hermanos,
sino porque Caín
fue condenado a vagar por la tierra,
y como él, vamos de un lugar a otro,
errantes.
Por una razón u otra,
la humanidad siempre
ha estado en movimiento.

(Se oye, lejana, la llamada del almuédano, que desde el alminar convoca a la oración.)

LA SIT. INSOSTENIB.— Soy la situación insostenible.
Un fantasma recorre Europa
y lleva turbante.

MORO.— Nadie emigra
sin que medie el reclamo
de alguna promesa:
Alacan, la millor terreta del mon,

Andalucía sólo hay una, la tuya,
«Cantabria seduce»,
en Girona, ningú es estrany
y en el norte dicen: ven y conócenos.
Con Mundicolor fin de semana a tu aire niños gratis en
vuelos regulares haz una escapada *fly and drive club*
tiempo libre oferta especial luna de miel ven y conoce
el placer de viajar.
¿Quién puede rechazar un mundo
donde llueven colores?

INTELECTUAL.—

¿Os habéis fijado en la publicidad
de las campañas de ayuda?
Sus carteles muestran un sólo niño
con sus grandes ojos llorosos
y su vientre hinchado.
Sólo así la compasión puede asimilar
las cifras astronómicas.
Un sólo niño se puede salvar.
Pero cien mil nos dejan indiferentes.

MORO.—

En Europa todos cantan.
Se reúnen para cantar
en ciudades limpias y engalanadas
a las que llega gente feliz
en coches veloces coupé
después de haber jugado al fútbol.
Allí nadie trabaja,
todos visten Klein
y las mujeres se han anticipado
al jardín de Alá,
desvestidas por modistos
que cobran más cuanto menos visten.

CIUDADANO MEDIO.—

Son más jóvenes,
más fuertes, más fecundos,

más fanáticos, más viriles
y están desesperados.
¿Cómo no vamos a protegernos?

MORO.— Se mete en prisión
a más negros y árabes
que a blancos, dicen.
Será verdad, yo no sé.
Pero negros y árabes
tenemos mayor posibilidad
de que nos detengan.
Yo cuando oigo «¡Arriba las manos!»,
siempre las levanto
aunque esté entre blancos.
Sé que se refieren a mí.
Se mete en prisión
a más negros y árabes
que a blancos, dicen.
Será verdad, no sé.
Los blancos pueden pagar fianza.
Eso sí lo sé.
Europa ha presumido tanto
que nos hemos creído sus virtudes.
También ella salió, como nosotros,
buscando la vida.

NOVIA BLANCA.— Ese moro de mierda
pasó a mi lado
Me enseñó los dientes y me dijo:
«te lamería el culo».

NOVIO BLANCO.— Eso le dijo a mi novia.
¿Y yo qué iba a hacer?
¿Dejar que la violara también?

MORO.— *(Ahora vendado.)*
Yo le sonreí. Era mi vecina

desde hacía ocho meses.
Pero nunca me miraba,
nunca me saludaba.
No quería saber quién era yo.
Pero me miraba de reojo, como todos.
Era mi vecina, le sonreí y le dije
Salam maleicum...

CHICA BLANCA.— «Te lameré el culo.»

MORO VENDADO.— ... que en mi idioma quiere decir
Alá te guarde.
Ahora estoy herido y en la cárcel
y solo digo «buenos días, amigo»,
pronunciando con mucho cuidado.

(Ruido seco de rejas al cerrarse.)

NIÑO.— Mi sueño seco se despeña en un abismo de agua.

(El NIÑO comienza a hundirse.)

MORO.— Burka, chador, ablación, mezquitas,
lapidaciones, lucha de civilizaciones...
Parece que después de derribar
las grandes torres gemelas
no tengamos otra cosa que hacer
que venir en pateras a España.

NIÑO.— Soy un ahogado,
y estoy en el fondo del mar.
Si estoy muerto, ¿cómo puedo hablar?
Si estoy en el agua, ¿cómo se me oye?
¡Qué escandalosa es la muerte
cuando es muerte silenciada!

MORO.— Para mi país somos un bombardeo religioso
sobre el territorio infiel.
Para vosotros, una cruzada inversa
con el hambre como espada.
Y nosotros, en medio, muriendo,
asombrados de nuestra importancia.

INTELECTUAL.— La imagen romántica
de bárbaros a caballo
entrando en Roma
no se corresponde
con la realidad.
Los bárbaros tardaron varios siglos
en acabar con el Imperio de Roma.
No hicieron nada violento.
Se limitaron a esperar,
sirviendo a la decadencia romana,
hasta hacerse imprescindibles.

MORO.— Nos llaman los nuevos bárbaros.

NIÑO.— Madre, cuéntame un cuento.

INTELECTUAL.— Para evitar el desarraigo
es preciso crear leyendas.

(Crece, de fondo, un coro que recita el Dies Irae, cada vez más distorsionado².)

MADRE.— El enviado de Alá el Clemente, el Misericordioso,
lanzó a sus ángeles contra un gigante
de cinco cabezas sostenido por dos piernas como torres

² Dies irae, dies illa/solvat saeculum in favilla/teste David cum Sybilla./Quanto tremor est futurus/quanto iudex est venturus/cuncta sitricte discussurus./Turba mirum pargens sonum/per sepulcra reionum/coget omnes ante thronum...

y lo derribó.
Una vez humillado el infiel,
el enviado de Alá el Clemente, el Misericordioso,
subió al paraíso y allí disfruta,
hasta que se le vuelva a necesitar.

*(El caos sonoro ha ido transformándose en los contun-
dentes compases del comienzo del «Réquiem», que cesa
bruscamente para dejar paso a la voz del almuédano,
que pide clemencia a Alá. Y el mar hace lo que sabe y to-
dos decimos amén.)*

AMÉN

Baraka'Aláhhu Fik. Besama.

(Que Dios te lo pague. Adiós)

ÍNDICE

ÍNDICE

Presentación por Jesús Campos García	7
Introducción de Virtudes Serrano	9
Bibliografía de Virtudes Serrano	27
<i>La guerra. El hombre</i>	37
Introducción de María-José Ragué-Arias	39
Texto de la obra	45
<i>Colón. Versos de arte menor por un varón ilustre</i>	93
Introducción de Rosa Navarro Durán	95
Texto de la obra	101
<i>Céfiro agreste de olímpicos embates</i>	191
Introducción de Mariano de Paco	193
Texto de la obra	199
<i>El jardín de nuestra infancia</i>	263
Introducción de Domingo Miras	265
Texto de la obra	271
<i>La fiesta de los locos</i>	331
Introducción de Magda Ruggeri Marchetti	333
Texto de la obra	339

<i>El trino del diablo</i>	409
Introducción de Julio Huélamo	411
Texto de la obra	417
<i>Teatro breve</i>	467
Introducción de Cristina Santolaria	469
Textos de <i>¡Quedan detenidos!</i>	479
<i>César, es necesario que hablemos</i>	503
<i>El volcán de la pena escupe llanto</i>	513
<i>A. M.</i>	531
<i>Patera. Réquiem</i>	553

VOLÚMENES PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN

- Nº 1 Obras escogidas de Ricardo López Aranda (Tomo 1)
- Nº 2 Obras escogidas de Ricardo López Aranda (Tomo 2)
- Nº 3 Teatro del personaje de Eduardo Quiles
- Nº 4 Teatro completo de Adolfo Marsillach
- Nº 5 Teatro completo de Lauro Olmo (Tomo 1)
- Nº 6 Teatro completo de Lauro Olmo (Tomo 2)
- Nº 7 Teatro escogido de Alberto Miralles (Tomo 1)
- Nº 8 Teatro escogido de Alberto Miralles (Tomo 2). En preparación